

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 270



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
Lago Ginebra No. 47 C, México
17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de
2a. clase en la Administración
de Correos No. 1 de México, D.F.
el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín
Meana.

**Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial.**

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

DISEÑO GRAFICO

Jorge Silva Izazaga

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Joaquim Montezuma de
Carvalho
César Tiempo

COORDINACION

Berenice Garmendia
Daniel García Caballero

COLABORADORES: Luis H. Febles, Víctor Maicas, Emilio Marín Perez, Albino Suárez, Juan Cervera, José Armagno Cosentino, Luis Ricardo Furlan y Jesús Hernández.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadrada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42
Tels.: 578-81-85 y 578-67-48,
México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 270

S U M A R I O

EDITORIAL: TIEMPO Y MUERTE	5
CARTA AL DIRECTOR. Hugo Emilio Pedemonte	11
DEL PROLOGO AL DICCIONARIO SECRETO DE CAMILO JOSE CELA	15
EL DOBLE IMPERATIVO. José Ortega y Gasset	19
CLAUSURA DE LA ESCUELA MODERNA. Francisco Ferrer Guardia	23
LARRA Y SU CIRCUNSTANCIA POLITICA. Víctor Maicas	27
"ROMANCE DE LOS CINCO MARAVEDIS QUE EL REY ALONSO OCTAVO PEDIA A LOS HIJOS DALGO"	29
"DESESPERANZA". Gioconda Bertoia	30
"VALLE DE PUNILLA". Santiago Gómez Cou	31
"COMO VUELVE ENERO O COMO ELLA MISMA". Rodolfo Ramírez	31
RENATA SCHUSSHEIM. Vinicius de Moraes. Eduardo Galeano	33
EL MAMIFERO HIPOCRITA. Fredo Arias de la Canal	43
CARTA AL DIRECTOR. Luis Ricardo Furlan	62
¿ES BLANCO DE PAZ EL CABALLERO DEL BOSQUE?	
Ubaldo di Benedetto	63
"LAS PALABRAS". Alicia Aguilar	77
CARTAS DE LA COMUNIDAD	
PORTADA Y CONTRAPORTADA: RENATA SCHUSSHEIM	78

El Frente de Afirmación Hispanista, A. C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.



TIEMPO Y MUERTE

Quizá porque tan familiarizados están con la muerte, los pensadores se obsesionan en hablar de este fenómeno que, por lo natural, no debería causarnos mayor emoción que la del nacimiento o la reproducción de los seres orgánicos. Una persona que no está adaptada inconscientemente a la idea de morir, no reacciona como los neuróticos: con angustia placentera o ironía macabra ante la idea de la muerte. Tal vez por esto otros pueblos no comprenden la necesidad psicológica de los españoles, de la fiesta taurina y de la caza, o bien, la ironía macabra que el mestizo mejicano hace de la Parca, aunque la historia de la humanidad nos señala varios episodios en donde podemos advertir la adaptación inconsciente tanática de pueblos enteros. Veamos este pasaje de *La calavera* de Paul Westheim, quien nos informa sobre la danza macabra:

"Europa, a punto deemerger de la Edad Media, procura librarse de su temor a la muerte, que es a la vez temor al Juicio Final y temor al infierno, por medio de las representaciones de la danza macabra, desde el siglo XIV hasta el XVI el tema más popular de la poesía, el teatro, la pintura y las artes gráficas y que predomina también en las miniaturas de los libros de horas. La meditación sobre la caducidad de lo terrenal que forma el contenido de profundas disertaciones teológicas y filosóficas, llega a ser asunto de primordial importancia en aquel mundo turbulento, en el cual la muerte arremete contra la humanidad con saña indudablemente inusitada. En el teatro religioso, que es el teatro del pueblo, éste pide que ante todo se le hable de la muerte, de la omnipotencia de la muerte, y de la milagrosa salvación del alma de las garras de pérvidos demonios empeñados en llevarse la presa. En el siglo XV se representa en cualquier población de cierta categoría una de las innumerables piezas en torno a la muerte. Se encargan de las funciones las compañías de cómicos de la legua o bien grupos de aficionados, generalmente miembros de algún gremio o corporación. Se aprovechan las fiestas religiosas para ofrecer funciones teatrales a un público numeroso y altamente interesado, en que se mezclan todas las clases sociales.

"De la literatura pasa el tema a la pintura, a las artes gráficas y aun a la escultura. La publicación más divulgada del siglo XV, que, según Mález, tiene hasta mayor éxito que la *Danza de la Muerte*, es el *Ars moriendi*, llamada también *Ars bene moriendi*, el arte de bien morir. Ornada con grabados en madera de alta calidad artística —cuyo autor hasta ahora no ha sido identificado— se reedita durante muchos decenios una y otra vez, en francés, alemán, inglés e italiano. El hombre medieval se imagina una lucha enconada entre ángeles y diablos que se disputan el alma del que acaba de morir. Por esto es tan importante "morir de buena muerte", morir con la esperanza de "ganar el reino de los cielos". El momento dramático es la hora de la agonía, en que el diablo, recurriendo al amplio repertorio de sus mañas y astucias, hace un último y supremo esfuerzo por inducir al fiel a la apostasía. Los grabados en madera que ilustran el *Ars moriendi* representan estos intentos del Enemigo y la ayuda que prestan benignos ángeles al angustiado moribundo."

Ahora bien, si al temor neurótico a la muerte le añadimos la costumbre a verla de cerca como la vieron los españoles, moros y cristianos, durante 700 años de guerra civil, época en que empezaban a pelear a los quince años para morir a los veinticinco —disímúlese el período—, entonces podremos comprender en toda su tragedia aquellos versos de la *Epístola satírica y censoria* de Quevedo (1580-1645):

Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vio galán que peligroso,
acompañaba el lado del marido
más veces en la hueste que en la cama;
sano le aventuró, vengóle herido.

Recordemos cómo se rebeló Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644) contra la guerra:

Bárbara ley, tan murmurada en vano,
ayudar del morir a la porfía
como si nos costara sólo el día
como si nos sobrara el ser humano.

Ahora veamos algo de lo que ocurría a diario en la vida de nuestros antepasados, en el poema **A Valencia, por las desgracias que sucedian**, de José Pérez de Montoro (1627-1694):

¡Oh, trágica! ¡Oh, hidrópica! ¡Oh, sedienta!
Donde el matar tan propio se asegura,
que es milagrosa vida la que dura,
y es muerte natural la que es violenta.

En cuanto a nuestros antepasados americanos que casaron con españoles en el siglo XVI, nadie puede dudar de su apego a la muerte. Sólo el pensar —de acuerdo con la teoría de la culpabilidad— que hoy en día algunos mexicanos desean llamarse aztecas, precisamente porque sus antepasados tlascaltecas, a quienes repudian, devoraron a los aztecas después de la expugnación de Tenochtitlán, horroriza a cualquiera. Freud en *Moisés y la religión monoteísta* (1938), declaró:

“El siguiente paso decisivo hacia la modificación de esta primera forma de organización “social” habría consistido en que los hermanos, desterrados y reunidos en una comunidad, se concertaron para dominar al padre, devorando su cadáver crudo, de acuerdo con la costumbre de esos tiempos. Este canibalismo no debe ser motivo de extrañeza, pues aún se conserva en épocas muy posteriores. Pero lo esencial es que atribuimos a esos seres primitivos las mismas actitudes afectivas que la investigación analítica nos ha permitido comprobar en los primitivos del presente, en nuestros niños. En otros términos: creemos que no sólo odiaban y temían al padre, sino que también lo veneraban como modelo, y que en realidad, cada uno de los hijos quería colocharse en su lugar. De tal manera, el acto canibalista se nos torna comprensible como un intento de asegurarse la identificación con el padre, incorporándose una porción del mismo.”

De acuerdo con las teorías más avanzadas del psicoanálisis se ha confirmado que cuando dos personas casan entre sí es porque cada cónyuge resuelve las necesidades neuróticas del otro, por lo que cabe preguntar: ¿Qué diferencia pudo haber entre dos pueblos como el español y el

americano, toda vez que sus neurosis tanáticas eran tan parecidas?

El matar al próximo o el morir a manos de él, era algo tan natural entre los tlascaltecas como entre los españoles. Cualquiera otra raza se hubiera aterrado ante la antropofagia indígena, mas los españoles se casaron con mujeres que la practicaban, fundando en el continente recién descubierto los primeros hogares cristianos. El grado neurótico de los primeros españoles que vinieron a América era similar al de los indígenas. Mas tenemos que admitir que los matrimonios de neuróticos suelen engendrar hijos neuróticos. Veamos lo que consigna Westheim en la obra citada:

“Tal vez sería más acertado decir que el día de muertos tiene carácter mestizo, como son mestizas tantas otras ceremonias religiosas, por ejemplo las danzas que los indios, ataviados con máscaras y tocados de plumas, ejecutan frente a la iglesia el día del santo patrono de su pueblo. (El mural de la *Fiesta de Chalma* de Fernando Leal, en la Escuela Nacional Preparatoria número 1, nos da una idea de ello.) Se fundieron elementos cristianos y tradiciones religiosas del México prehispánico, y de esta fusión —a la que alude Anita Brener con el sugestivo título de su libro, *Idols behind altars*— surgió algo nuevo, algo específicamente mexicano.

“Como específicamente mexicana hay que considerar también la brusca transición de la más profunda commoción por el recuerdo de los difuntos, a la más pronta y desenfrenada alegría del vivir, de vivir todavía: el día de difuntos no sólo es día de llanto, pues pasada la medianoche, hora de los muertos, la recordación se vuelve fiesta. Que el muerto haya venido a vernos, sin duda motivo de ser felices, no es todo. Después de aceptar el difunto la ofrenda —después de “haberse llevado el olor de los platillos”, como me lo explicó alguna vez una indígena anciana—, los vivos se regalan con las buenas cosas. Laurette Sejourné describe esta segunda fase del día de muertos, tal como se presenta en San Mateo del Mar, pueblo del Estado de Oaxaca: “Un poco más tarde la plaza tomará el aspecto de un campo después de la batalla: cuerpos tendidos por to-



das partes; hombres que avanzan penosamente bajo el duro sol, se detienen para recobrar el equilibrio, dan algunos pasos inciertos antes de derrumbarse... Toda la población masculina, sin excepción, está completamente ebria, porque ningún hombre podría, sin pecar gravemente, dejar de brindar con las almas de visita."

"En la capital el 2 de noviembre se ha convertido en fiesta popular. Todo el mundo va a los cementerios, para "llorar el hueso", como se suele decir, y come, sobre las tumbas, los alimentos que ha traído. Alrededor de los panteones, vendedores ambulantes han montado sus puestos. El pueblo baila, goza de la vida —*Carpe diem...*—, se divierte con las coplas y con los grabados de las "Calaveras", y asiste a los teatros para emocionarse con los melodiosos y románticos versos de Don Juan Tenorio.

"El pueblo mexicano en su expresión artística, ha tomado a la muerte en broma, dice Juan José Arreola. Expresa la alegría de vivir frente a la muerte, el propósito de **alzarse contra** ella mediante el ejercicio de los instintos que defienden a la vida."

Qué duda cabe de que los mestizos, descendientes de dos pueblos tanáticos, seamos tan propensos a las expresiones macabras, ya de índole social, ya estéticas, que nos caracterizan ante los países civilizados —si así nos permite la conciencia llamarlos— Mientras nosotros relacionamos el tiempo con la muerte, en otros lugares lo relacionan con el dinero. El existencialismo, conducta compulsiva más que escuela filosófica, que practicaban los griegos antiguos, los primeros mahometanos y los castellanos del siglo XVI, tenían para ellos el siguiente precepto:

De la hora de nacer, hasta que mueres,
un tiempo tienes para hacer tu historia.

El siguiente poema de Quevedo nos da idea clara de las motivaciones no económicas de los hombres de Castilla:

Y aquella libertad esclarecida
que donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.



Si los españoles hemos estado siempre obsesionados con el tiempo vital, no es nada extraño que nuestros poetas lo hayan expresado, y de ahí el lamento de Jorge Manrique (1440-1479):

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando;
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Da dolor,
Cómo a nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.

Don Quijote de la Mancha fue radical cuando dijo:

“Caballero andante he de morir”. (I, 2a.)

Al escribir Cervantes la novela de la vida de su hijastro, nos dio a entender que la vida era prisa:

“...no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza.”

La obsesión del tiempo se observa en este soneto del novo-hispano Fray Miguel de Guevara (1585-1646):

Pídeme de mí mismo el tiempo cuenta;
si a dárla voy, la cuenta pide tiempo:
que quien gastó sin cuenta tanto tiempo,
¿cómo dará, sin tiempo, tanta cuenta?
Tomar no quiere el tiempo, tiempo en cuenta,
porque la cuenta no se hizo en tiempo;
que el tiempo recibiera en cuenta tiempo
si en la cuenta del tiempo hubiera cuenta.
¿Qué cuenta ha de bastar a tanto tiempo?
¿Qué tiempo ha de bastar a tanta cuenta?
Que quien sin cuenta vive, está sin tiempo.
Estoy sin tener tiempo y sin dar cuenta,
sabiendo que he de dar cuenta del tiempo
y ha de llegar el tiempo de la cuenta.

¿Quién iba a pensar que en la poesía no existe el tiempo?; pues a distancia de tres siglos Guevara tuvo émulo en la persona de Renato Leduc:

Sabia virtud de conocer el tiempo:
a tiempo amar y desatarse a tiempo;
como dice el refrán: dar tiempo al tiempo...
que de amor y dolor alivia el tiempo.

Aquel amor a quien amé a destiempo
martirizóme tanto y tanto tiempo,
que no sentí jamás correr el tiempo
tan acremente como en ese tiempo.

Amar, queriendo como en otro tiempo
—ignoraba yo aún que el tiempo es oro—,
cuánto tiempo perdí —ay!— cuánto tiempo.

Y hoy que de amores ya no tengo tiempo,
amor de aquellos tiempos, cómo añoro
la dicha inicua de perder el tiempo...

Ortega y Gasset, profundo conocedor de la conducta española, desarrolló una filosofía vitalista que se antoja una reacción contra las proclividades unamunianas de la raza española. ¡Quién si no él sacudió a la España del siglo XX de su letargo suicida!:

“La vida que nos es dada tiene sus minutos contados y, además, nos es dada vacía. Queramos o no, tenemos que ocuparla. Por ello la sustancia de cada vida reside en sus ocupaciones. El hombre debe inventarse sus quehaceres; mas como la duración de la vida es limitada, la vida es prisa. Es menester escoger un programa de existencia, renunciando a todos los demás y prefiriendo unos a otros, para así componer la novela de nuestra vida.”



"TANGO IMPRESARIO OF BUENOS AIRES"

FORO DE NORTE

CARTA AL DIRECTOR

Hugo Emilio Pedemonte

Recibí NORTE, donde veo que aún colea el tema del tango, según escribe el señor Luis C. Pinto. Este tema tiene muchos aspectos contradictorios e, incluso, ha sido “discutido” en verso. No soy antitanguista sino todo lo contrario, pero creo que hay qué agregar a cuanto se ha dicho, el documento poético inserto en el libro *Mi patria* de Enrique Amorim, editado en Montevideo en 1960. Bajo el título de *El tango* el poeta uruguayo dice: “Justifican este poema las siguientes letras de tango: *La Copa del Olvido, Mina que te manyo de hace rato, Entrá no más, no te achiques, no tengás miedo a la biaba* y otras notorias cobardías”. Y, además, califica su propio poema de “antipopular”. Dice así:

Tengo del arrabal cosmopolita,
canción de ayer con su dolor fingido,
presunto bajo fondo, destenido.
Fácil guitarra y la mujer maldita.

Tango, triste consuelo del cornudo,
sombrio amante, cabiloso padre.
Cuchillo que madruga en el compadre,
respeto del acero, si desnudo.

Tango de una engañifa literaria.
Si popular, lloremos la desgracia.
Más cómodo en la oscura aristocracia
que en la sufrida clase proletaria.

Yo gocé tus ambigüas sensaciones;
seguí tu ritmo para conocerte.
Hoy algún nombre de mujer divierte
esta memoria, ahora, de razones.

Nunca te supe en trance de caricia.
El niño bien te usó con las sirvientas.
Llegó la hora de ajustar las cuentas
y mencionar a solas tu impudicia.

Turbia ralea despreció a la mina
y a la costurerita y se burlaron
(aquellos que mejor te cultivaron)
del sin trabajo, al sol en una esquina.

Tango de los reacios al horario,
de los socios del mate haraganote.
En lento conformismo sin Quijote
ablandaste el acero proletario.

En cautelosas sombras fue tu siembra
la pesimista y la de mal augurio.
Muy pronto diste espaldas al tugurio
dejando entre esperanzas a la hembra.

Miraste de soslayo a los patrones.
Yo te vi sonreír al bien vestido.
Te ganaste en Palermo y si hubo ruido
de milicos, buscaste los portones.

Una mitología de promesas
entre amenazas soportó la paica.
Los manates llamaron la prosaica
a tu versada rica de perezas.

Si pudo perdonar y abrir los brazos,
le aconsejó el rencor ser vengativo.
Y exaltó las hazañas del más vivo
hasta aplaudir por fin a salivazos.

Ayer igual a Hoy y Todavía
insiste tu haragana permanencia.
Hoy te defienden con infusa ciencia
que perfila tu próxima agonía.

Ya perduras en felpa de salones
trasnochados a penas... y la rumba
cava el hueco sonoro de una tumba
en hondo ritual de otras pasiones.

Yo te gocé, yo te bailé y te inmolo
repudiando las dagas de hojalata.
Cuenta que aquí en el Río de la Plata
te dimos cancha porque andabas solo.

Enrique Amorim

Quiero agregar, también, que la frase de Discépolo: "El tango es un sentimiento que se baila" es mucho más auténtica que el "tango es un sentimiento que se canta". Las letras de tango, salvo raras excepciones, como la de Homero Manzi, por ejemplo, serían poco menos que insoportables con cualquier otra música que no fuése la del tango, lo cual demuestra, creo yo, que es la música la verdadera protagonista de esta expresión popular rioplatense. La letra se da por añadidura y, en muchos casos, sus autores han estado condicionados por la época; habría qué estudiar las corrientes literarias de esas épocas para indagar su influencia, y así como se habla del "existencialismo" de Discépolo, hay autores "naturalistas" a lo Zola anteriores a Discépolo, etc. Las letras de tango no dejan de ser literatura y, por tanto, una ficción que puede tener visos en la realidad; pero no llegan a ser folklore. Y lo que no es folklore no es representativo de un sentir y de una tradición populares; por lo contrario, el tango es producto de individuos, no de pueblo, en cuanto de sus letras se trate. Pero, en fin, sería demasiado largo analizar todo esto. Usted ya ha dicho cosas muy importantes sobre este tema.

Hugo Emilio Pedemonte

Granja de Torrehermosa, Badajoz, España.



DE BUENOS AIRES" (Tango de E.S. Discépolo)

RAUL CAPITANI
g r a b a d o s



Del prólogo al DICCIÓNARIO SECRETO de Camilo José Cela

Con no poca frecuencia se plantea el tema, que ya huele a dormitorio de tropa sin airear, de las voces válidas y no válidas, de las **pronunciables y las impronunciables**, artificiosa clasificación que repugna al buen sentido y atenta, cuando menos, al histórico espíritu de la lengua.

Estaría dispuesto a admitir que el solo planteamiento de un problema significa ya el primer paso hacia su posible solución; pero, en buena ley y rectamente hablando, me pregunto: ¿existen o deben existir, realmente, dicciones admisibles y términos que no lo son? En el probable —y nada científico— supuesto de una respuesta afirmativa, ¿quién es, en saludable derecho, el encargado de deslindar la frontera entre unas y otros?: ¿la Academia, que regula la lengua y la encauza?, ¿los escritores, que la fijan y autorizan?, ¿el pueblo, entre el que nace y se vivifica? De otra parte: ¿qué destino debe darse a las palabras condenadas?, ¿por cuáles otras han de ser substituidas?, ¿qué garantía de permanencia podrán brindarnos, y qué garantía de legitimidad podremos exigir a las palabras que hayan de suceder a las rechazadas? Pero, ¿a qué, todo esto? El problema, no más planteado, amenaza ya con escapársenos de la mano, ágil como un pez vivo. ¿Es admisible la suposición de que pueda haber meras palabras —abstracción hecha de las ideas que quieran señalar— a las que pueda colgarse el sambenito que las aparte de su función? Caminemos con suma cuatela sobre tan movedizos arenales.

Es evidente que el uso vicioso de los eufemismos y otros escapes, con frecuencia condicionado por determinantes tan falsas y pueriles como la moda, ha desterrado del comercio del lenguaje socialmente válido —que es un lenguaje enmascarado y sin raíces pegadas a la tierra— múltiples voces castizas y de gran tradición autorizada, que se hicieron a un lado para ceder el paso a creaciones de nuevo cuño que, paradójicamente, aspiran a señalar lo mismo.

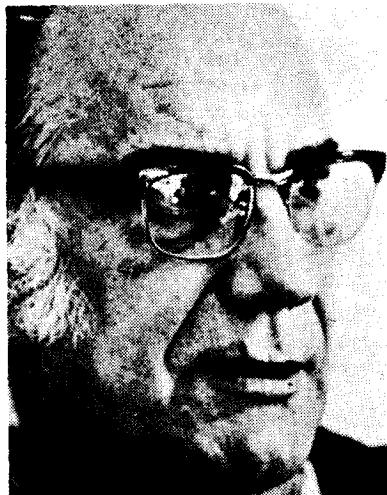
Sería, quizás, admisible, aunque con reparos en los que ahora no he de detenerme, la objetivada consideración de la posibilidad, e incluso de la conveniencia moral, que no léxica, de

desterrar del lenguaje afinado o distinguido¹ las expresiones vulgares o afinadas y distinguidas, que nombran ciertos conceptos que repugnan a la conversación a la que también llamaré afinada o distinguida: la mantenida con damas, personas de respeto, etc. Nótese que invalido el concepto —y como consecuencia su expresión, sea cual fuere— en la conversación afinada o distinguida: no el concepto en sí ni en la conversación científica, literaria o coloquial —que tiene cada una de ellas sus matices—, ni tampoco la expresión científica, literaria o coloquial de ese concepto.

Ya no es tan admisible, sin embargo, la actitud de huir de la palabra, conservando la idea que la palabra proscrita quiere señalar y para cuya expresión se busca, cuando no se inventa, otra palabra. Pienso que, invalidado el concepto, no es admisible el recurso del eufemismo, aplicándose a la substitución de la palabra que no fue descartada, al menos en principio, como fonema o grupo de fonemas sino como expresión de un algo concreto. Confundir el procedimiento con el derecho, como tomar la letra por el espíritu, no conduce sino a la injusticia, situación que es fuente —y a la vez secuela— del desorden.

Las ideas de “culo” y “puta”, por ejemplo, no son sino relativamente inconvenientes en la **conversación afinada o distinguida**. Sí lo son, en cambio, las palabras *culo* y *puta* que, en buena ley, no tendrían por qué pagar culpas de las ideas que expresan y que, no obstante su noble cuna y su rancia antigüedad, no son admitidas. El hecho de la inhabilitación afinada o distinguida del *culo* y de la *puta* no sería grave —ya que el lenguaje afinado o distinguido no es, por fortuna, sino una parcela de la lengua— de no ser que lo que se vetara no sea la idea sino, simplemente, la palabra.

Aquí la primera quiebra —quiebra de índole moral y que tampoco es la única— de lo que vengo llamando lenguaje afinado o distinguido y que no busca su pureza en lo que dice sino en cómo lo dice. Insisto en que podría invitarse a diálogo a los gramáticos moralistas, esto es: aquellos que preconizasen un lenguaje de trasfondo moral o, lo que es lo mismo, un lenguaje en el que se desterran las voces señaladoras de



los conceptos vulgares, tras haber borrado de las cabezas —y por la persuasión, que es la única goma de borrar que la cabeza admite— esos conceptos vulgares. Ya no podría decir lo mismo de los paladines del lenguaje afinado o distinguido, que se regodean en el concepto aunque se desgarran las vestiduras ante las palabras, y que llaman —ignorando que con azúcar está peor— *cottes*, a las putas, y *pompis*, al culo. Aquel lenguaje moral sería respetable, sin duda, aunque ajeno, claro es, a la expresión científica, literaria y coloquial, ya que pudiera abocarla al peligro del anquilosamiento. Sobre este otro lenguaje afinado o distinguido, o convencionalmente afinado o distinguido, ni merecería la pena insistir, de no ser evidente el grave riesgo que supone para la necesaria lozanía de nuestra herramienta de comunicación.

Es cierto que las palabras se subliman o se prostituyen, se angelizan o se endemonian, a consecuencia de una cruel determinante —la vida misma— en cuyo planteamiento, evolución y último fin no tienen ni voz ni voto; pero no lo es menos, a todas luces, que el peligro de esta mixtificación debe ser denunciado y, hasta donde se pueda —y sin perder una última y quizás escéptica compostura—, también combatido. Aquella huida de la palabra, jamás del concepto, a que más arriba hice mención, llega a la paradoja en el trance que pudiera llamarse de la gratuidad de la huida, esto es, de la huida que se produce no de algo —el nombre violento de un concepto inconveniente y hasta conveniente— sino de nada: la voz, en su recta acepción admisible, que deviene soez tras haber nacido, con frecuencia, como eufemismo. El supuesto inverso de la huida gratuita, esto es, el desprecio del mero fonema o grupo de fonemas, también es cierto y no menos paradójico. Rodríguez Marín, en su libro *12.600 refranes más*, registra uno tan gracioso como aleccionador: “*Domine meo* es término muy feo; decid *Domine orino*, que es término más fino”, y atribuye el dicho a una abadesa que quería desterrar del rezo lo que no le sonaba bien. Cicerón decía que *cum nobis* se prestaba a una enojosa asociación en el oído con *cunnus*; durante el preciosismo francés, en el siglo XVII, las preciosas

se absténian de pronunciar *concilier*, poner de acuerdo, porque la mala intención quería entender pestaño del *coño* o *coño pestañoso* (*con*, *coño* en argot; *ciller*, *pestañear*; *cillé*, *pestañoso*, con *pestañas*), como evitaban decir *ridicule* porque les asustaba el sufijo; el verbo *coger* es impronunciable en la Argentina, donde significa, exclusivamente, realizar el coito, y los caballeros de aquel país no pueden coger dulcemente del brazo a una dama para ayudarla a cruzar la calle, sino que se ven obligados a agarrarla (asirla fuertemente); también en la Argentina, *recular* es voz tabú por la evocación que puede sugerir; en Chile los pájaros no tienen pico, que vale por pene, y en Puerto Rico los bichos —que equivalen al pico chileno— son maripositas y palomitas; en Cuba, los huevos de gallina son blanquillos; en el Brasil no puede fumarse un buen tabaco, y no pocos hispanohablantes se han quedado en la niñez de la mamá y la mamacita. El fenómeno se presenta en todas las lenguas: en el inglés de los Estados Unidos el gallo ha dejado de ser *cock*, pene en slang, para convertirse en *rooster*, el que trepa por el aseladero, y el *ass*, que empezó en asno y acabó en nalga, es llamado *donkey*, etc. Sólo me restaría añadir a este breve ejemplario, que la etimología, con no poca frecuencia también marchó por tan pudorosos y artificiales derroteros: el verbo conocer, del latín *cognoscere*, hubiera debido formarse *coñocer*, y así se encuentra aún en el siglo XIII, *Vida de Santa María Egipciaca*: “*Bien conyosce Dios tu sacrificio*”²; al nombre de la ciudad de Mérida le sobra la i, que se conservó para evitar Merda, etc.

La linda que separa las voces admisibles de las no admisibles, o las admitidas de las no admitidas, es siempre movediza y, como obra de humanos, con frecuencia pintoresca, esclava de las latitudes y de los vientos que soplen en cada latitud y cada momento y, lo que es peor, desorientadora. No se me oculta que se precisa cierto valor para enfrentarse, cara a cara y en público, con el toro violento de la lengua; pero entiendo que alguien tenía que echarse, con todas sus consecuencias, al ruedo, ya que a los llamados a preconizar una lengua amplia y eficaz (los escritores), de raíz tradicional (la Academia) y de base científica (los

gramáticos), sí cabe exigirles, como al torero en la plaza, el valor necesario para que puedan, si no llevar a último buen fin su cometido, sí al menos ponerlo en el camino que a él pudiera conducirlo. Dámaso Alonso ha hablado con muy clara palabra sobre la espinosa cuestión: "Me he detenido algo —nos dice³— en las voces obscenas o, en general, malsonantes porque es un aspecto de nuestros problemas, que en general la gente no se suele atrever a discutir, y porque creo indispensable que alguien lo trate a fondo." Pues bien: no a fondo sino —muy parcialmente— hasta donde he podido llegar, y con tanto modestia en la intención como desconfianza en mis escasas fuerzas, aquí obedezco al maestro. No vale agazaparse con la cabeza debajo del ala al tiempo de hacer tabla rasa, no ya de la palabra sino también del concepto, ya que cayendo por tan violento despeñadero corremos el peligro de legar, a quienes nos sucedan, una jerigonza que, lejos de nombrar, proceda por aproximativas paliaciones.

El diccionario ignora, por ejemplo, la voz *coño*, y no registra ningún cultismo que designe el concepto a que se refiere la palabra proscrita, con lo que se da el despropósito de que el aparato reproductor externo de la mujer no tiene nombre oficial castellano (la vulva del diccionario no es el *coño* que dice el pueblo, sino tan sólo una parte de él), como tampoco tiene estado la muletilla más frecuente en nuestra conversación popular.

No digo cuánto queda dicho y vengo diciendo, si no es' con todo respeto y consideración (sería uno de los veintitantes españoles menos indicados para no hacerlo así), y con el ruego a mis posibles lectores, de que se sirvan sopesar todo el mucho amor que siento y proclamo hacia el castellano: la lengua en que a Cervantes —al decir de don Miguel de Unamuno— Dios le dio el Evangelio del Quijote.

La vetada voz a que vengo aludiendo tiene una ilustre etimología (la misma que el francés *con*, el italiano *conno*, el portugués *cono*, el catalán *cony*, el gallego *conc*, el slang *cunt*, etc.), aparece en nuestra lengua hacia la primera mitad del siglo XIII, y es registrada por Nebrija. ¿Qué rara suerte de maldición pesa sobre ella?

En mi ensayo *Sobre España, los españoles y lo español*⁴ llamo la atención sobre el hecho de que la *ñoñería*, la pudibundez española, es un fenómeno tan reciente como disímil de nuestra originaria idiosincrasia, que entiendo posterior —añado ahora— a los Reyes Católicos y que sospecho más o menos coetánea de la cristianización de los judíos y el subsiguiente poder político —y administrativo y eclesiástico— que adquirieron. El romano Séneca, el moro Ibn Hazm y los cristianos Beato de Liébana y Elipando de Toledo —quizás anteriores a los españoles pero, en todo caso, no judíos—, eran proclives a obscenidades y violencias léxicas, al paso que los hombres formados, por tradición, en la observancia de la ley mosaica, se mostraban virtuosos en la conducta y prudentes en el hablar y el escribir, haciendo gala de un recato, no tan calculado como íntimamente sentido, en correcta adecuación a su mentalidad y tan útil a sus conciencias, de otra parte, como eficaz a sus fines. El eufemismo es tanto un arma grata a los judíos como un deber que les impone la conciencia, y lo llevan tan a punta de lanza que ni en la oración llaman Dios, a Dios, sino Jehová, el Ser Absoluto y Supremo. No se me oculta que judíos como López de Villalobos u Horozco escribieron con tanta despreocupación como desenvoltura, pero pienso que quizás no fuesen sino excepción a lo que, con tanta timidez, entiendo como muy relativa (y no poco revisable) norma general.

Léase bien que no culpo a los judíos de ser la fuente del pudor verbal español, entre otras razones porque no ignoro que el pudor jamás implica culpa, sino que me limito a apuntar una atribución —entre mil— originaria que no culposa, que estimo posible.

Del tomo I del *Diccionario secreto*. Ediciones Alfaguara, S. A., España, 1968.

1 Prefiero llamar *afinado* o *distinguido*, y no *culto*, al lenguaje que suele llamarse *culto*, y que poco atrás calificaba de socialmente válido, ya que el adjetivo *culto* lo entiendo, en este trance, poco esclarecedor.

2 Verso 1047.

3 Para evitar la diversificación de nuestra lengua.

4 *Cuadernos*, París, No. 36, mayo-junio 1959.



EL DOBLE IMPERATIVO

José Ortega y Gasset

Lo que ocurre es que el **fenómeno vital humano tiene dos caras** —la biológica y la espiritual— y está sometido, por tanto, a dos poderes distintos que actúan sobre él como dos polos de atracción antagónica. Así, la actividad intelectual gravita, de una parte, hacia el centro de la necesidad biológica; de otra, es requerida, imperada por el principio ultravital de las leyes lógicas. **Parejamente, lo estético es, de un lado, deleite subjetivo; de otro, belleza.** La belleza del cuadro no consiste en el hecho —indiferente para el cuadro— de que éste nos cause placer, sino que, al revés, nos parece un cuadro bello cuando sentimos que de él desciende suavemente sobre nosotros la exigencia de que nos complazcamos.

La nota esencial de la nueva sensibilidad es precisamente la decisión de no olvidar nunca y en ningún orden, que las funciones espirituales o de cultura son también, y a la vez que eso, funciones biológicas. Por tanto, que la cultura no puede ser regida exclusivamente por sus leyes objetivas o transvitales, sino que, a la vez, está sometida a las leyes de la vida. Nos gobiernan dos imperativos contrapuestos. El hombre, ser vivo, debe ser bueno —ordena uno de ellos, el imperativo cultural. Lo bueno tiene que ser humano, vivo, y por tanto, compatible con la vida y necesario a ella— dice el otro imperativo, el vital. Dando a ambos una expresión más genérica, llegaremos a este doble mandamiento: **la vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital.**

Se trata, pues, de dos instancias que mutuamente se regulan y corrigen. Cualquier desequilibrio en favor de una o de otra trae consigo irremediablemente una degeneración. **La vida inculta es barbarie; la cultura desvitalizada es bizantinismo.**

Hay un pensar esquemático, formalista, sin anuencia vital ni directa intuición: un **utopismo cultural**. Se cae en él siempre que se reciben sin previa revisión ciertos principios intelectuales, morales, políticos, estéticos o religiosos, y dándolos desde luego por buenos se insiste en aceptar sus consecuencias. Nuestro tiempo padece gravemente de esta morbosa conducta. Las generaciones inventoras del positivismo y del ra-

cionalismo se plantearon con toda amplitud, como cosa de importancia vital para ellas, las cuestiones que esos sistemas agitan, y de esta enérgica colaboración íntima extrajeron sus principios de cultura. Del mismo modo, las ideas liberales y democráticas nacieron al vivo contacto con los problemas radicales de la sociedad. Hoy casi nadie obra así. La fauna característica del presente es el naturalista que jura por el positivismo, sin haberse tomado jamás el trabajo de replantearse el tema que aquél formula; es el democrática que no se ha puesto nunca en cuestión la verdad del dogma democrático. De donde resulta la burlesca contradicción de que la cultura europea actual, al tiempo que pretende ser la única racional, la única fundada en razones, no es ya vivida, sentida por su racionalidad, sino que se la adopta místicamente. El personaje de Pío Baroja que cree en la democracia como cree en la Virgen del Pilar, es, junto con su precursor, el farmacéutico Homais, representante titular de la actualidad. El aparente predominio que han adquirido en el continente las fuerzas, retrógradas, no procede de que aporten principios superiores a los de sus contrarios, sino de que, al menos, se hallan libres de esa esencial contradicción y constitutiva hipocresía. El tradicionalista está de acuerdo consigo mismo. Cree en cosas místicas por motivos místicos. En todo momento puede aceptar el combate sin hallar dentro de sí vacilaciones ni reservas. En cambio, si alguien cree en el racionalismo como se cree en la Virgen del Pilar, quiere decirse que ha dejado, en su fondo orgánico, de creer en el racionalismo. Por inercia mental, por hábito, por superstición —en definitiva, por tradicionalismo—, sigue adherido a las viejas tesis racionales, que exentas ya de la razón creadora se han anquilosado, hieratizado, bizantinizado. Los racionalistas de la hora presente perciben de manera más o menos confusa, que ya no tienen razón. Y no tanto porque esta les falte frente a sus adversarios, como porque la han perdido dentro de sí mismos. Las doctrinas de libertad y democracia que defienden les parecen, a ellos mismos insuficientes y no encajan con la debida exactitud en su sensibilidad. Este dualismo interno les quita la elasticidad necesaria para el combate, y

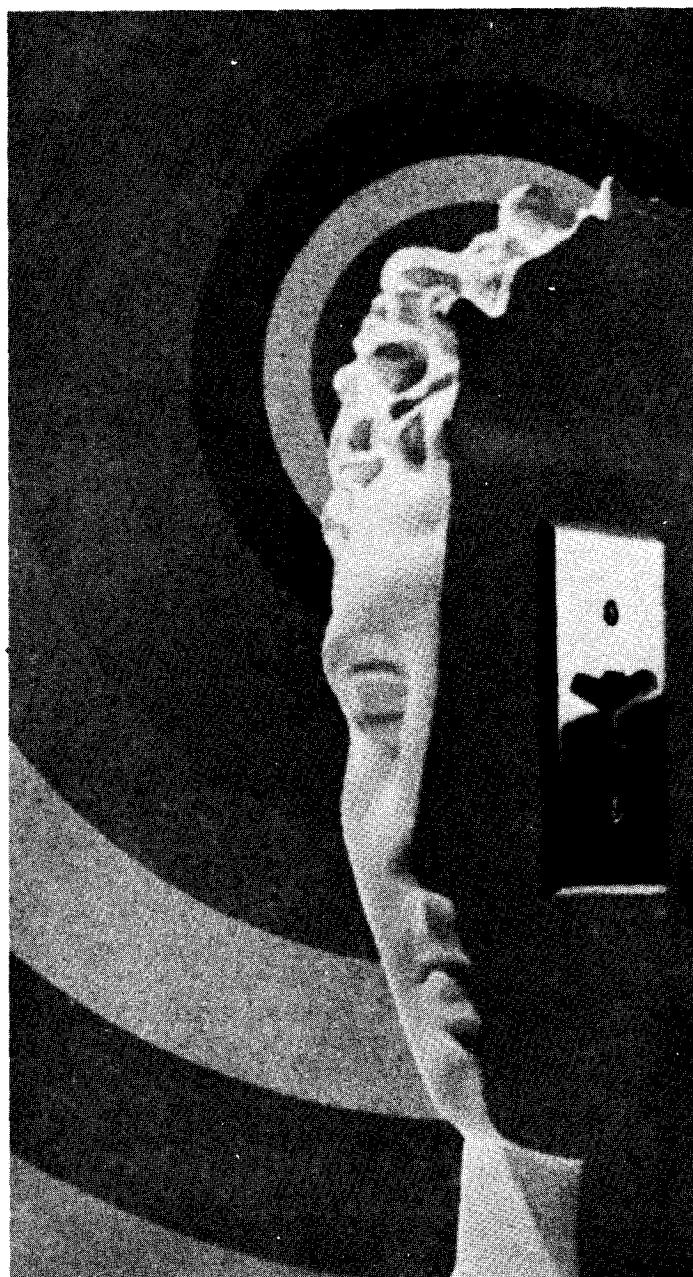
entrar desde luego en la refriega medio derrotados por sí mismos.

En estas situaciones de extrema anomalía se hace patente la necesidad de completar los imperativos objetivos, con los subjetivos. No basta, por ejemplo, que una idea científica o política parezca, por razones geométricas, verdadera, para que debamos sustentarla. Es preciso que, además, suscite en nosotros una fe plenaria y sin reserva alguna. Cuando esto no ocurra nuestro deber es distanciarnos de aquélla y modificarla cuanto sea necesario para que ajuste rigurosamente con nuestra orgánica exigencia. Una moral geométricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos incita a la acción, es subjetivamente inmoral. El ideal ético no puede contentarse con ser él correctísimo: es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad. Del mismo modo, es funesto que nos acostumbremos a reconocer como ejemplos de suma belleza, obras de arte —por ejemplo, las clásicas— que acaso son objetivamente muy valiosas, pero que no nos causan deleite.

Nuestras actividades necesitan, en consecuencia, ser regidas por una doble serie de imperativos, que podrían recibir los títulos siguientes:

	IMPERATIVO	
	CULTURAL	VITAL
Sentimiento	Verdad	Sinceridad
Voluntad	Bondad	Impetuosidad
Pensamiento	Belleza	Deleite

Durante la Edad, con mal acuerdo llamada "moderna", que se inicia en el Renacimiento y prosigue hasta nuestros días, ha dominado con creciente exclusivismo la tendencia unilateralmente culturalista. Pero esta unilateralidad trae consigo una grave consecuencia. Si nos preocupamos tan sólo de ajustar nuestras convicciones a lo que la razón declara como verdad, corremos el riesgo de creer que creemos, de que nuestra convicción sea fingida por nuestro buen deseo. Con lo cual aconterrá que la cultura no se realiza en nosotros y queda como una superficie de ficción sobre la vida efectiva. En varia medida, pero con morbosa exacerbación durante el último siglo, éste ha sido el fenómeno característico de la histo-



ria europea moderna. Se creía que se creía en la cultura; pero, en rigor, se trataba de una gigantesca ficción colectiva de la que el individuo no se daba cuenta por que era fraguada en las bases mismas de su conciencia. Por un lado iban los principios, las frases y los gestos a veces heroicos—; por otro, la realidad de la existencia, la vida de cada día y cada hora. El *cant* inglés, esa escandalosa dualidad entre lo que se cree hacer y lo que se hace en efecto, no es, como se ha sostenido, específicamente inglés, sino general a toda Europa. El oriental, habituado a no separar a la cultura, de la vida, por haber exigido siempre a aquélla que sea vital, ve en la conducta de Occidente una radical, omnímoda hipocresía, y no puede reprimir al contacto con lo europeo un sentimiento de desprecio.

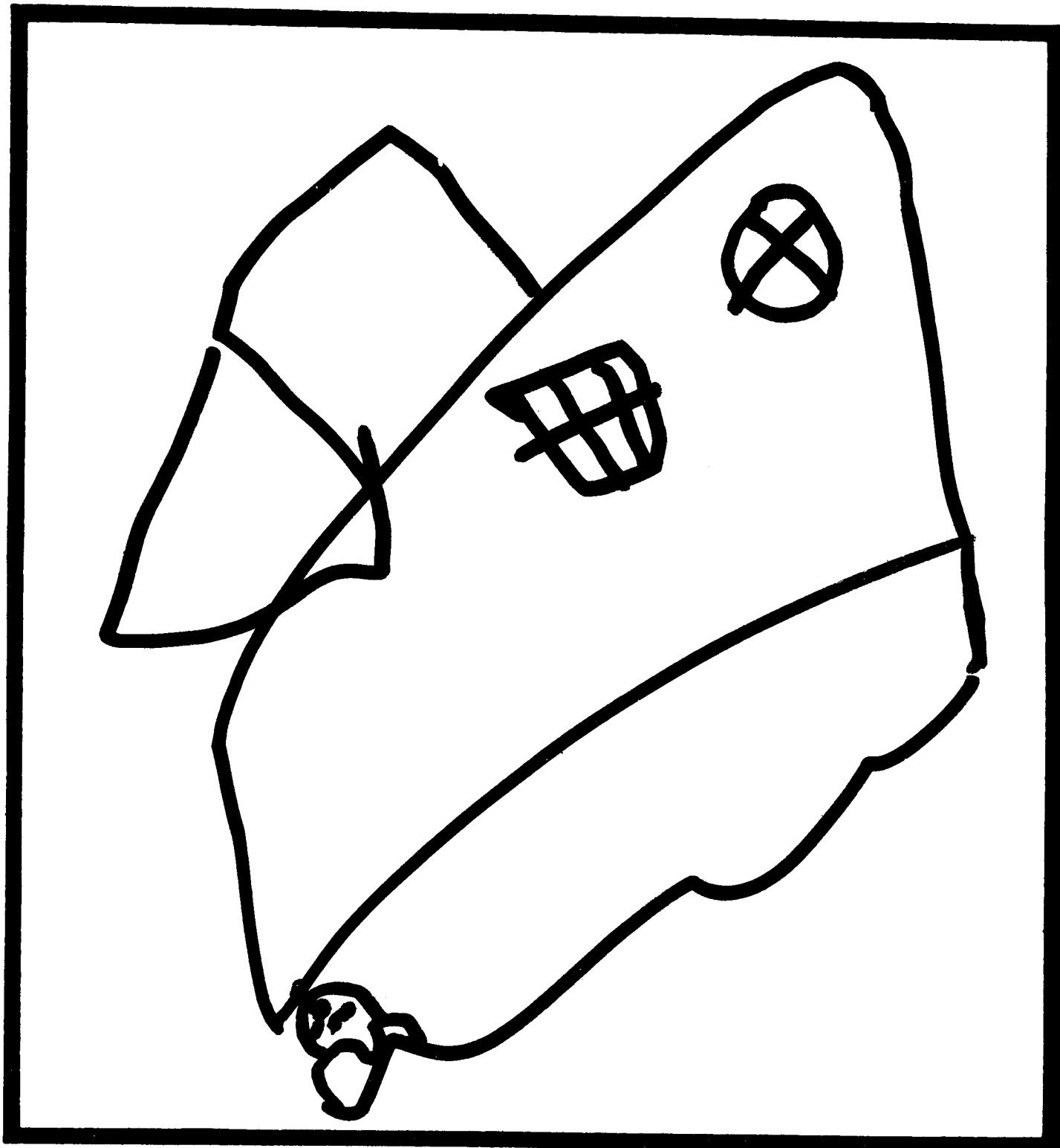
No se habría llegado a tal disociación entre las normas y su permanente cumplimiento, si junto al imperativo de objetividad se nos hubiese predicado el de lealtad con nosotros mismos, que resume la serie de los imperativos vitales. Es menester que en todo momento estemos en claro sobre sí, en efecto creemos lo que presumimos creer; si, en efecto, el ideal ético que “oficialmente” aceptamos interesa e incita las energías profundas de nuestra personalidad. Con esta continua mise au point de nuestra situación íntima, habríamos ejecutado automáticamente una selección en la cultura y hubiéranse eliminado todas aquellas formas de ella que son incompatibles con la vida, que son utópicas y conducen a la hipocresía. Por otra parte, la cultura no habría ido quedando cada vez más distante de la vitalidad que la engendra y, en su espectral lejanía, condenada al anquilosamiento. Así, en una de esas fases del drama histórico en que el hombre necesita para salvarse de circunstancias catastróficas, de todos sus arrestos vitales, y muy especialmente de los que son nutritos y excitados por la fe en los valores trascendentales —esto es, en la cultura—, en una hora como la que está atravesando Europa, todo esto ha fallado. Y, sin embargo, coyunturas como la presente son la prueba experimental de las culturas. Ya que no la propia discreción, los hechos brutalmente han impuesto a los europeos de pronto la obligación de ser leales consigo mismos, de decidir si creían de

manera auténtica en lo que creían. Y han descubierto que no. A este descubrimiento han llamado “fracaso de la cultura”. Claro es que no hay tal: lo que había fracasado mucho antes era la lealtad de los europeos para consigo mismos; lo que había fracasado era su vitalidad.

La cultura nace del fondo viviente del sujeto y es, como he dicho con deliberada reiteración, vida *sensu stricto*, espontaneidad, “subjetividad”. Poco a poco la ciencia, la ética, el arte, la fe religiosa, la norma jurídica se van desprendiendo del sujeto y adquiriendo consistencia propia, valor independiente, prestigio, autoridad. Llega un momento en que la vida misma que crea todo eso se inclina ante ello, se rinde ante su obra y se pone a su servicio. La cultura se ha objetivado, se ha contrapuesto a la subjetividad que la engendró. *Ob-jeto, ob-jectum, Ge-genstand*, significan eso: lo contra-puesto, lo que por sí mismo se afirma y opone al sujeto como su ley, su regla, su gobierno. En este punto celebra la cultura su sazón mejor. Pero esa contraposición a la vida, esa su distancia al sujeto, tiene que mantenerse dentro de ciertos límites. La cultura sólo pervive mientras sigue recibiendo constante flujo vital de los sujetos. Cuando esta transfusión se interrumpe, y la cultura se aleja, el flujo no tarda en secarse y hieratizarse. Tiene, pues, la cultura, una hora de nacimiento —su hora lírica—, y una hora de anquilosamiento —su hora hierática—. Hay una cultura germinal y una cultura ya hecha.² En las épocas de reforma, como la nuestra, es preciso desconfiar de la cultura ya hecha y fomentar la cultura emergente, o lo que es lo mismo quedan en suspenso los imperativos culturales y cobran inminencia los vitales, contra cultura, lealtad, espontaneidad, vitalidad.

1 Véase “Fraseología y sinceridad”, en *El Espectador*, tomo V, 1926. Publicado en esta edición).

2 Es interesante asistir históricamente a este proceso y ver cómo lo que luego va a ser un principio puro de derecho, empieza por ser un uso mágico o una decantación legendaria, o el apetito particular de un grupo, o una conveniencia puramente material. Y lo mismo acontece con la ciencia, la moral o el arte. Habría que hacer una genealogía de la cultura.



CLAUSURA DE LA ESCUELA MODERNA

Francisco Ferrer Guardia

He llegado al punto culminante de mi vida y de mi obra.

Mis enemigos, que lo son todos los reaccionarios del mundo, representados por los estacionarios y los regresivos de Barcelona, en primer término, y luego los de toda España, se creyeron triunfantes con haberme incluido en un proceso con amenaza de muerte y de memoria infamada y con cerrar la Escuela Moderna; pero su triunfo no pasó de un episodio de la lucha emprendida por el racionalismo práctico contra la gran rémora atávica y tradicionalista. La torpe osadía con que llegaron a pedir **contra mí la pena de muerte**, desvanecida, menos por la rectitud del tribunal que por mi resplandeciente inocencia, me atrajo la simpatía de todos los liberales; mejor dicho, de todos los verdaderos progresistas del mundo, cuya atención fijó sobre la significación y el ideal de la Escuela Moderna, produciendo un movimiento universal de protesta y de admiración —no interrumpido durante un año, de mayo de 1906, a junio de 1907— que se refleja en la prensa de todos los idiomas de la civilización moderna, de aquel período, en artículos editoriales o de distinguida colaboración, o con la reseña de méritos, conferencias o manifestaciones populares.

En resumen, los encarnizados enemigos de la obra y del obrero fueron sus más eficaces cooperadores, facilitando la creación del racionalismo internacional.

Reconocí mi pequeñez ante tanta grandiosidad. Iluminado siempre por la luz inextinguible del ideal, concebí y llevé a la práctica la creación de la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, en cuyas secciones, extendidas ya por todo el mundo, se agrupan los hombres que representan la flor del pensamiento y la energía regeneradora de la sociedad, y cuyo órgano es *L'Ecole Renovée*, de Bruselas, secundado por el Boletín de la Escuela Moderna, de Barcelona, y La Escuela Laica, de Roma, que exponen, discuten y difunden todas las novedades pedagógicas encaminadas a depurar la ciencia de todo contacto impuro con el error, a hacer desaparecer toda credulidad, a la perfecta concordancia entre lo que se cree y lo que se sabe y a

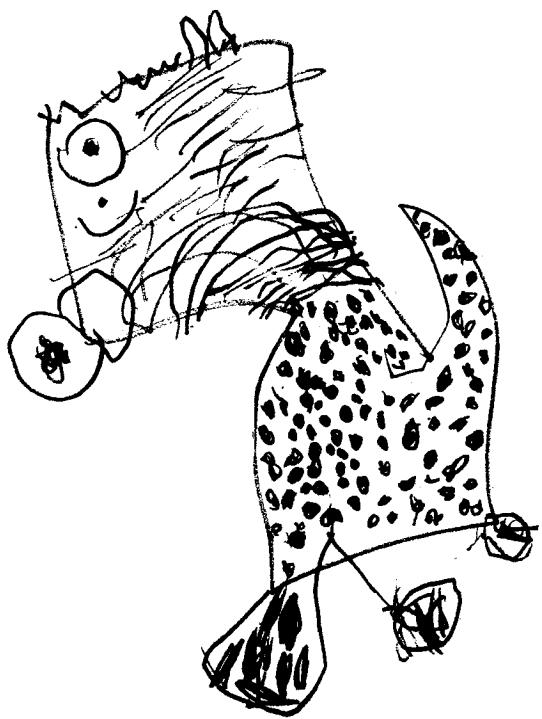
destruir el privilegio de aquel esoterismo que desde los más remotos tiempos venía dejando el exoterismo para la canalla.

De esta recopilación del saber, efectuada por esa gran reunión del querer, ha de brotar la gran determinante de una acción poderosa, consciente y combinada, que dé a la revolución futura el carácter de manifestación práctica de aplicación sociológica, sin apasionamientos ni venganzas, ni tragedias terroríficas ni sacrificios heroicos; sin tanteos estériles, sin desfallecimientos de ilusos y apasionados comprados por la reacción, porque la enseñanza científica y racional habrá disuelto la masa popular para hacer de cada mujer y de cada hombre un ser consciente, responsable y activo, que determinará su voluntad por su propio juicio, asesorado por su propio conocimiento, libres ya para siempre de la pasión sugerida por los explotadores del respeto a lo tradicional y de la charlatanería de los modernos forjadores de programas políticos.

Lo que en la vía progresiva pierda la revolución de su característica dramática, lo ganará la evolución en firmeza, estabilidad y continuidad, y la visión de la sociedad razonable que entrevieron los revolucionarios de todos los tiempos y que prometen con certeza los sociólogos, se ofrecerá a la vista de nuestros sucesores, no como sueño de ilusorios utopistas, sino como triunfo positivo y merecido, debido a la eficacia altamente revolucionaria de la razón y de la ciencia.

La fama que adquirió la novedad educativa e instructiva de la Escuela Moderna, fijó la atención de cuantos concedían importancia especial a la enseñanza, y todos quisieron conocer el nuevo sistema.

Había escuelas laicas, particulares unas y sostenidas por sociedades otras, y sus directores y sostenedores quisieron apreciar la diferencia que pudiera existir entre sus prácticas y las novedades racionalistas, y constantemente acudían individuos y comisiones a visitar a la Escuela y a consultarme. Yo satisfacía complaciente sus consultas, desvanecía sus dudas y los excitaba a que entraran en la nueva vía, y pronto se iniciaron los propósitos de reformar las escuelas creadas y de crear otras nuevas, tomando por tipo a la Escuela Moderna.



PERRO



dibujos de Jean Paul

El entusiasmo fue grande; hubo en él fuerza impulsiva capaz de realizar grandes empresas, pero surgió una dificultad grave, como no podía menos de suceder: faltaban maestros, y, lo que es peor, no había medio de improvisarlos. Los profesores titulares, siendo ya escasos los excedentes, tenían dos géneros de inconvenientes, la rutina pedagógica y el temor a las contingencias del porvenir, y fueron muy pocos, constituyendo honrosas excepciones, los que por altruismo y por amor al ideal se lanzaron a la aventura progresiva. Los jóvenes instruidos de uno u otro sexos, que pudieran dedicarse a la enseñanza, constituyan el recurso a que había que recurrir para salvar la grave deficiencia; pero ¿quién los habría de iniciar en el profesorado?, ¿dónde habrían de practicar su aprendizaje? Se me presentaban a veces comisiones de sociedades obreras y políticas, anunciándose que habían acordado la implantación de una escuela; disponían de buen local, podían adquirir el material necesario, contaban con la Biblioteca de la Escuela Moderna. —¿Tienen ustedes profesores? —les preguntaba yo—, y me respondían negativamente, confiados en que era cosa fácil de arreglar. —Entonces, es como si no tuvieran nada —les replicaba—.

En efecto, constituido, por razón de las circunstancias, en director de la enseñanza racionalista por las constantes consultas y demandas de los aspirantes a pertenecer al profesorado, vi palpablemente aquella gran falla, la que procuré subsanar con incessantes explicaciones y con la admisión de jóvenes auxiliares en las clases de la Escuela Moderna. En los resultados de esto ha habido de todo; hay actualmente profesores dignos que empezaron allí su carrera y siguen como firmes sostenedores de la enseñanza racional, y otros que fracasaron por incapacidad intelectual o moral.

No queriendo esperar a que los alumnos de la misma Escuela Moderna que se dedicaran al profesorado llegaran al momento de graduarse para su ejercicio, instituí la Escuela Normal, de que se habla en otro lugar, convencido por la experiencia de que si en la Escuela científica y racional está la clave del problema social, para hallar esa clave se necesita, ante todo, preparar a



un profesorado apto y capaz para tan alto destino.

Como resultado práctico y positivo de cuanto queda expuesto, puedo asegurar que la Escuela Moderna de Barcelona, fue un felicísimo ensayo que se distinguió por estas dos características:

1o. Dió la norma, aun siendo susceptible de perfeccionamientos sucesivos, de lo que ha de ser la enseñanza en la sociedad regenerada.

2o. Dió el impulso creador de esa enseñanza.

No había antes enseñanza en el verdadero sentido de la palabra: había tradición de errores y preocupaciones dogmáticas, de carácter autoritario, mezclados con verdades descubiertas por los excepcionales del genio, que se imponían por su brillo deslumbrador, para los privilegiados en la Universidad; y para el pueblo había la instrucción primaria, que era y es, por desgracia, una especie de domesticación; la escuela era algo así como un picadero donde se domaban las energías naturales para que los desheredados sufrieran, resignados, la infima condición a que se los reducía.

La verdadera enseñanza, la que prescinde de la fe, la que ilumina con los resplandores de la evidencia, porque se halla contrastada y comprobada a cada instante por la experiencia, la que realmente posee la infalibilidad falsamente atribuida al mito creador, la que no puede engañarse ni engañarnos, es la iniciada con la Escuela Moderna.

En su efímera existencia produjo beneficios notabilísimos: niño admitido en la escuela y en contacto con sus compañeros, sufría rápida modificación en sus costumbres, como he observado ya: empezaba por ser limpio, dejaba de ser camorrista, no perseguía a los animales callejeros, no imitaba en sus juegos el bárbaro espectáculo llamado la fiesta nacional, y, elevando su mentalidad y purificando sus sentimientos, lamentaba las injusticias sociales que de modo tan sensible, como llagas que por su abundancia y gravedad no pueden ocultarse, se ponen de manifiesto a cada instante. Del mismo modo detestaba la guerra, y no podía admitir que la gloria nacional, en

vez de tomar por fundamento la mayor suma de bondad y felicidad de un pueblo, se fundara en la conquista, en la dominación y en la más inicua violencia.

La influencia de la Escuela Moderna, extendida por las demás escuelas que a modo de sucursales se fueron creando por la adopción de su sistema, sostenidas por centros y sociedades obreras, se introdujo en las familias por mediación de los niños, quienes iluminados por los destellos de la razón y de la ciencia, se convirtieron inconscientemente en maestros de sus mismos padres, y éstos, llevando esa influencia al círculo de sus relaciones, ejercieron cierta saludable difusión.

Por la extensión manifiesta de tal influencia, se atrajo el odio de ese jesuitismo de hábito corto y largo que, como las víboras en sus escondrijos, se cobija en los palacios, en los templos y en los conventos de Barcelona, y ese odio inspiró el plan que cerró la Escuela Moderna, cerrada aún, pero que en la actualidad reconcentra sus fuerzas, define y perfecciona su plan y adquiere el vigor necesario para alcanzar el puesto y la consideración de verdadera obra indispensable para el progreso.

He aquí lo que fue, lo que es y lo que ha de ser la Escuela Moderna.



LARRA Y SU CIRCUNSTANCIA POLITICA

Victor Maicas

En agosto de 1836, Mariano José de Larra es elegido diputado a Cortes por la provincia de Avila. Ciento que en la vida del gran escritor este episodio resulta verdaderamente curioso. Y lo es, porque veinte días después de su designación como diputado electo, caía el Ministerio Isturiz, y el nuevo Gobierno, presidido por José María Calatrava, "anulaba las elecciones y publicaba nueva convocatoria".

Larra no habría de reincidir en su fallida pretensión de pertenecer a las Cortes. ¿Acaso tal decisión llevaba consigo la renuncia a intervenir en la cosa pública? En absoluto, pues desde la tribuna de los periódicos, su mordiente ingenio proseguiría, incansable, en el batallar político. Comprometida posición la suya en aquel turbulento período de la Historia de España.

¿Cómo ve Larra a la España de su tiempo? Releyendo sus artículos, fácilmente se advierte lo enorme de su desencanto ante el panorama que se ofrece a sus ojos. Larra, sabido es, fue hombre de generosas lecturas y dueño también de agudo espíritu analítico. Larra ha viajado por el extranjero, ha mantenido contacto con la élite intelectual en cada uno de los países visitados, y de regreso en su patria, al establecer comparaciones, no pude por menos que sentirse deprimido. Larra, aunque siente en español, piensa en europeo. Así, pues, el espectáculo que brinda la sociedad española lo entristece, y por ello la amargura se verterá en sus escritos, al par que infundiéndoles, eso sí, la gracia de fina ironía. Inquietante situación la del escritor que al expresar sus sentimientos corre el peligro de verse aprehendido en las mallas de la censura.

Larra, en su corta vida de periodista, ha tenido ocasión de conocer diversas etapas del vivir político español. Tal vez una de las más reprobables sea la del reinado absolutista de Fernando VII, con su triste secuela de deportaciones y otros ultrajes a la libertad, incluyendo la persecución infame de todo cuanto representara "la funesta manía de pensar". Galdós, en uno de sus *Episodios Nacionales: El Terror de 1824*, nos habla de esa negra etapa de nuestra historia.

Durante largo tiempo quedaron entronizados el despotismo y la intolerancia contra cuanto sig-

nificara espíritu liberal y progresista. Representativo núcleo de intelectuales, hombres abiertos a las corrientes modernas que a la sazón imperaban en Europa, supieron del exilio a fin de salvar su libre expresión y quién sabe si también la vida.

Larra, afectado por el ambiente opresivo que lo rodea, traslada a las cuartillas la hondura de su sentir liberal, hábilmente enmascarado por la agudeza de su intelecto.

A distancia de más de cien años, asombra el comprobar cómo el escritor logró sortear los terribles arrecifes de la implacable censura. Pero, Larra, burla burlando, dice cuanto quiere y como lo quiere. Suprema y admirable condición de la inteligencia. Sin embargo, jamás hallaremos en sus escritos nada que pueda significar animosidad hacia su patria; sí, en cambio, hay en ellos encendido sentimiento de amor a España.

Ahora bien, si Larra esgrime el bisturí de su pluma y opera en el cuerpo de España, lo hace llevado del puro y limpio deseo de verla libre de los males que la afligen. Necesario es eliminar el pus, sanar heridas. Pero éstas son profundas, quizás incurables. Y Larra, así lo advertimos en sus artículos, se siente descorazonado, maltrecho de ánimo.

Tal afflictiva disposición lo llevará a escribir *Fígaro en el Cementerio*, uno de sus más patéticos trabajos, donde se trasluce la inmensa tristeza que hay en su alma. Allí leeremos un tremendo pensamiento, lúgubre epitafio para una nación dolida y acongojada a causa de sus luchas fratricidas: "Aquí yace media España: murió de la otra media".

Larra no era insensible a las desventuras que sufría España. Si las sacaba a la luz pública, no lo hacía por masoquismo, sino por irreprimible impulso de su corazón. Larra, eterno soñador de una España limpia y culta.

Pero su esfuerzo resultaba baldío. La intolerancia, la incomprensión, señooreaban la vida española. También en derredor de aquel hombre, una de las cumbres más altas de su época, sólo había mezquindad, envidia, que tal es el sino que han de conocer las almas nobles.

Larra, en medio de aquella sociedad, está espantosamente solo. Un lento proceso de desin-



tegración espiritual lo corroa. Sus posteriores artículos revelan cuán grande es la desilusión que lo domina, y su desventura acrece por la desgracia de sus amores con Dolores Armijo.

Diríase, entonces, que Larra se halla en la orilla de la muerte. En el artículo anteriormente citado, escribe: "Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!"

En Larra, espíritu romántico, se unen la circunstancia política —su frustrado ensueño de una España mejor— y la tragedia de sus amores rotos. En sus veintiocho años ha perdido las ganas de vivir. Nada ve en torno suyo que sirva para enderezar su ánimo.

Y el 13 de febrero de 1837 un pistoletazo pone lamentablemente punto final a la historia de su vida.

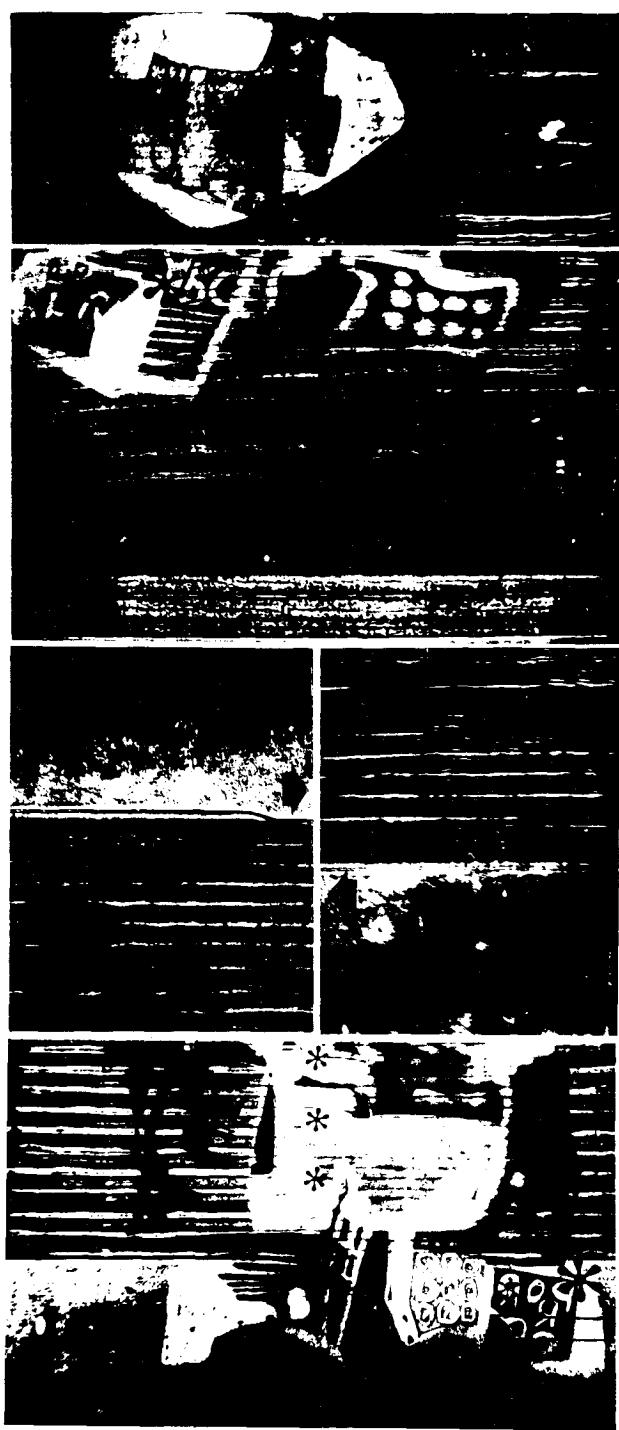
No obstante, su obra literaria tiene vigencia. Larra "vive" en ella.



ROMANCE DE LOS CINCO MARAVEDIS QUE EL REY DON ALONSO OCTAVO PEDIA A LOS HIJOSDALGO

En esa ciudad de Burgos en Cortes se habían juntado el rey que venció las Navas con todos los hijosdalgo. Habló con don Diego el rey, con él se había aconsejado, que era señor de Biscaya, de todos el más privado. —Consejédesme, don Diego, que estoy muy necesitado, que con las guerras que he hecho gran dinero me ha faltado. Querría llegarme a Cuenca, no tengo lo necesario; si os pareciese, don Diego, por mí fuese demandado que cinco maravedís me peche cada hidalgo. —Grave cosa me parece, le respondiera el de Haro, que querades vos, señor, al libre her tributario; mas por lo mucho que os quiero, de mí seréis ayudado, porque yo soy principal, de mí os será pagado. Siendo juntos en las Cortes, el rey se lo había hablado; levantado está don Diégo, como ya estaba acordado. —Justo es lo que el rey pide, por nadié le sea negado; mis cinco maravedís, hélos aquí de buen grado. Don Nuño, conde de Lara, mucho mal se había enojado; pospuesto todo temor, de esta manera ha hablado: —Aquellos donde venimos nunca tal pecho han pagado, nos menos lo pagaremos, ni al rey tal será dado;

el que quisiere pagarle quede aquí como villano, vágase luego tras mí el que fuere hijodalgo. Todos se salen tras él, de tres mil, tres han quedado. En el campo de la Glera todos allí se han juntado; el pecho que el rey demanda en las lanzas lo han atado, y envíanle a decir que el tributo está llegado, que envíe sus cogedores, que luego será pagado; mas que si él va en persona no será del acatado; pero que envíase aquellos de quien fue aconsejado. Cuando aquesto oyera el rey, y que solo se ha quedado, volvióse para don Diego, consejo le ha demandado. Don Diego, como sagaz, este consejo le ha dado: —Desterrédesme, señor, como que yo lo he causado, y así cobraréis la gracia de los vuestros hijosdalgo. Otorgó el rey el consejo: a decir les ha enviado que quien le dio tal consejo será muy bien castigado, que hidalgos de Castilla no son para haber pechado. Muy alegres fueron todos, todo se hubo apaciguado; desterraron a don Diego por lo que no había pecado; mas dende a pocos días, a Castilla fué tornado. El bien de la libertad por ningun precio es comprado.



J. Silva Izazaga

DESESPERANZA

¡Ay, mundo de sol y arena...
cursado por mil caminos:
la furia de cuatro vientos
alzóse con mis castillos!

Ya todo es desierto y nieve,
silencio de pulso y grillos:
la muerte me está mordiendo
con dientes de doble filo.

Almohada de mi cansancio,
cristal de mi cantarillo,
apaga mi sed amarga,
acuna mi cuerpo niño...

En un estertor siniestro
me aguardan siete cuchillos,
Intento gritar... no puedo:
me ahogan diez dedos lúvidos.

Cuarenta candelas arden
debajo mi piel de trigo:
en vano musito un nombre...
¡mi madre no está conmigo!

Gioconda Bertoia

VALLE DE PUNILLA

Como un mar eternamente encrespado
y olas que amenazan inundar el Valle de Punilla.
Como un fantástico sueño a la luz del día
es toda la sierra una pesadilla.

Secos y agrestes se elevan sus cerros,
¡clamando! ¡clamando! por agua...
y al cielo se eleva con eco sombrío
el granizo tétrico de cuervos perdidos.

Mas llega la noche... el valle se pierde
y aquel mar inmenso con olas de piedras
reluce con la luna llena...
y entona el serrano un canto de pena.
¡Esperemos, señor! Acaso mañana
nos traiga otra luna una lluvia buena.

Y así es el serrano; espera y espera...
trabaja la tierra y, hasta el espinillo,
como el sol dorado, por darle alegría
nace agua entre sus piedras.
Y el valle se viste de oro,
y sueña el serrano,
¡Con lluvia buena!

¡Esperemos, señor!
Acaso mañana
nos traiga otra luna
una lluvia buena.

Santiago Gómez Cou

COMO VUELVE ENERO O COMO ELLA MISMA

Como el calor de ciertas piedras, pero mentira.

Tal vez allá, en tu casa, entre los hombres hubo
uno que te marcó la espalda, que dijo las primeras
palabras, que luego invocó al viento, toda la tarde.

Me hablaste de los sueños, de las vísperas de
todos los años al comienzo de la cosecha..., de
animales de la noche.

Podía dormir todo el día, acostarme en los prime-
ros albores que no soñaba; jamás soñaba nada.
Pero cuánto dolor a la noche, un instante, apenas
la cabeza en la almohada para comenzar a golpear
y golpear las manos. Y luego venían las moscas,
apretaba los labios para echarlas, para impedir-
les... ellas sólo buscaban la comisura de mi boca.

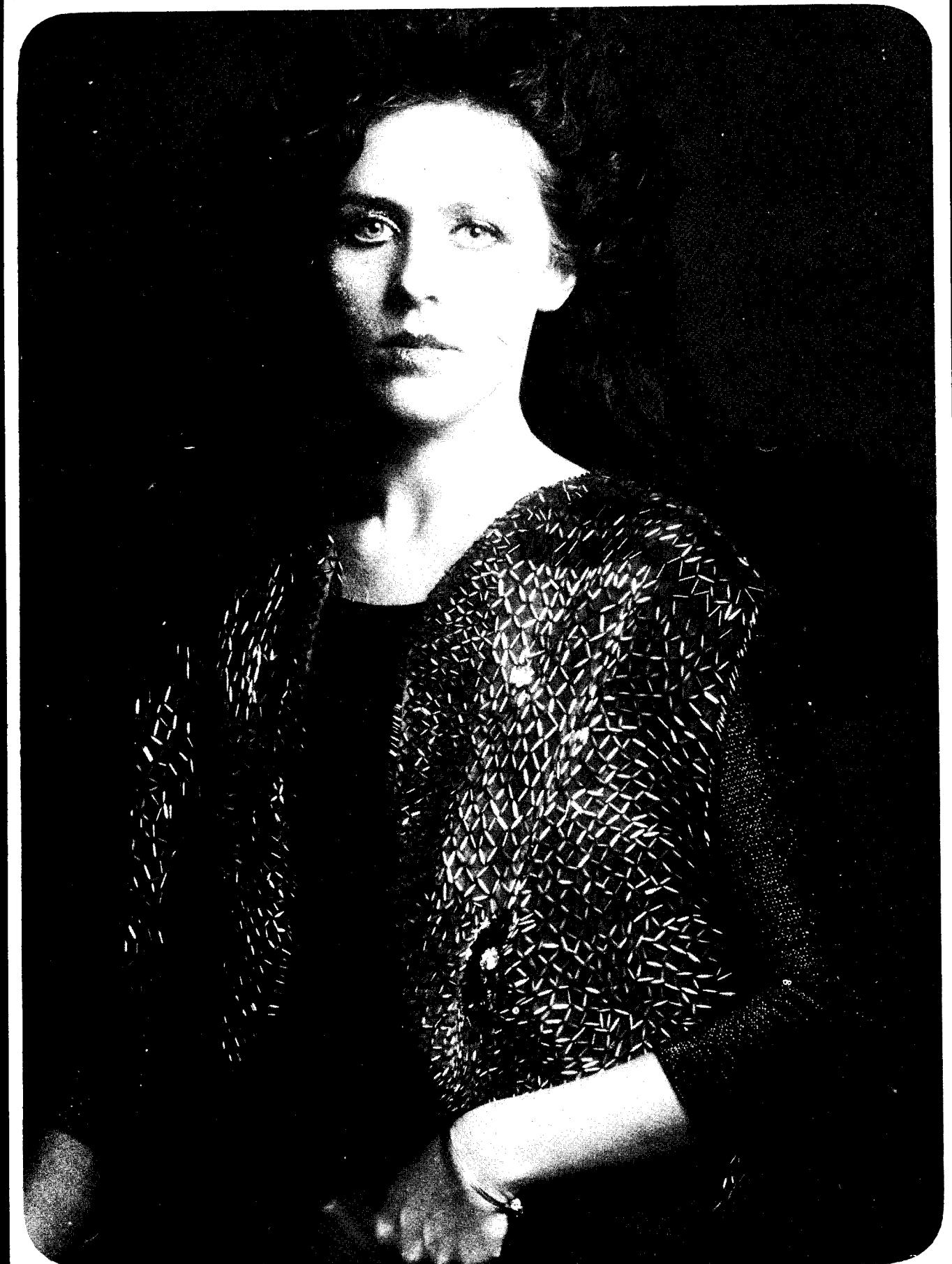
Otras veces soñaba, soñaba escupirlas; entonces
caían apretadas en la saliva transparente, per-
manecían unos segundos aprisionadas en ella,
para luego volar, volar a la luz, entre los árboles...

No sé, no quisiera engañarte, pero hay un mal,
algo que se presente en tu mirada, en cierta for-
ma de esperar el viento que llevas en las caderas.
Tal vez aquello que desearon los hombres sea
eso, desesperación por poseer a la otra... a ciertas
puntas del zonda cuando viene soplando, em-
papando los cerros.

Es el viento; acaso sólo reste esperarlo, con-
sagrarse maneras y maneras de serle fiel.

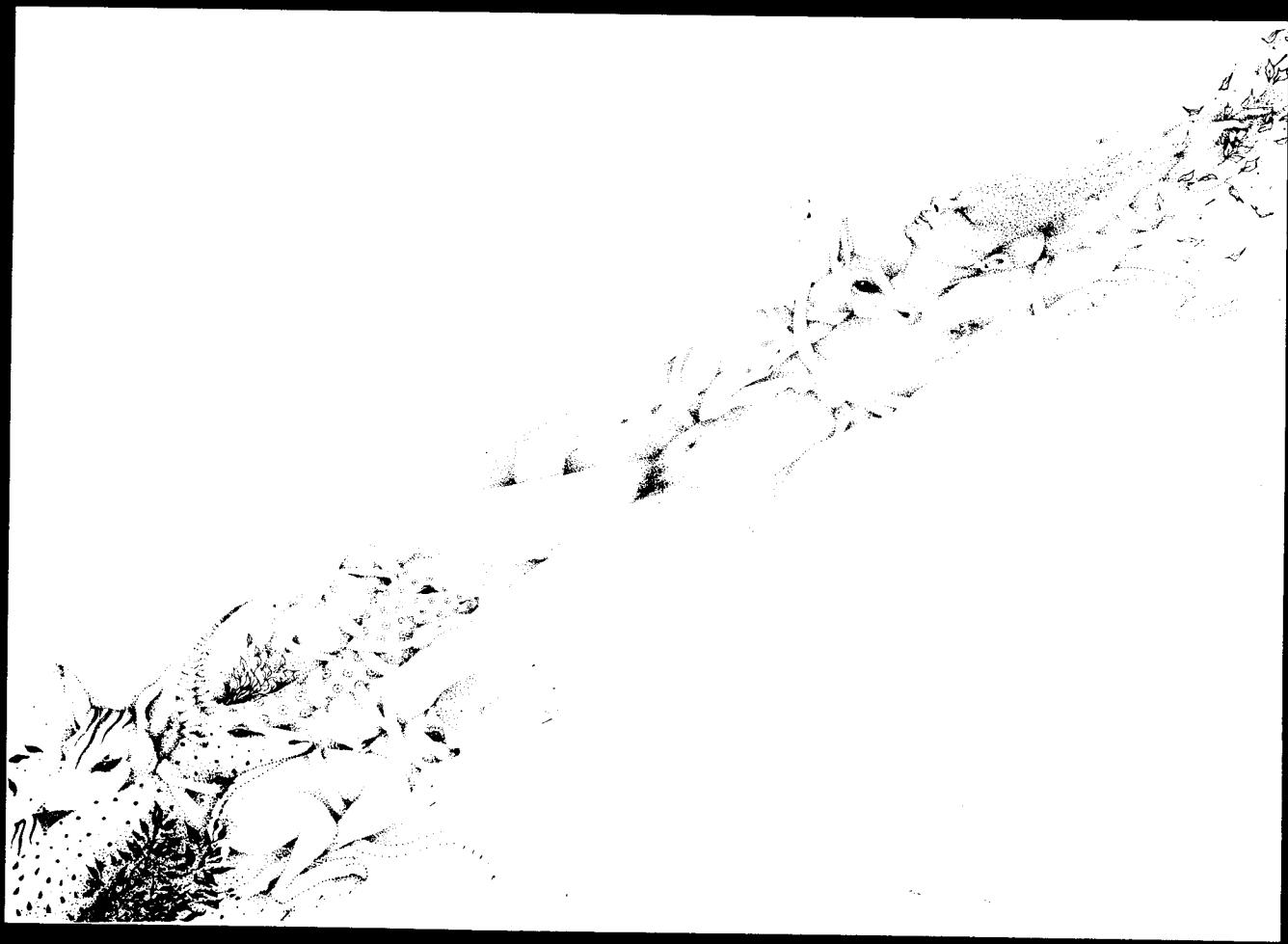
A Angélica

Rodolfo Ramírez



Fotografías de Jorge Fisbein

RENATA SCHUSSHEIM



renata schussheim

Nace en 1949.

- 1959. Estudia dibujo con Ana Tarsia.
- 1961. Ingresa en la Academia de Bellas Artes "Augusto Bolognini".
- 1965. Estudia con Carlos Alonso.

Exposiciones Individuales

- 1966. Galería El Laberinto - Dibujos.
- 1967. Galería Vignes - Dibujos y óleos.
- 1968. Galería Lirolay - Dibujos.
- 1969. Galería Contempra (Córdoba) - Dibujos y óleos.
- 1970. Griselda Adelecente - Libro.
- 1974. Galería Hotel Sheraton - Dibujos.
Exposición ambulante - Libro.

Exposiciones colectivas

- 1965. Once al Sur
- 1966. Galería El Laberinto
Lambert Galery
Galería Van Riel
- 1967. Galería Vignes
4 jóvenes artistas - Sociedad Hebraica Argentina
- 1968. Premio Braque.

Diseños y vestuarios teatrales

- 1968. "Arlecchinata", Opera.
Pequeña ópera de Bs. As. - Teatro Municipal Pte. Alvear.
- 1970. "Romeo y Julieta", Ballet. Música: Prokofiev.
Coreografía: O. Araiz.
Teatro Municipal Gral. San Martín.
- 1971. "In - a - Gadda - da - Vida - Exposhow."
Coreografía: O. Araiz.
- 1972. "Reina de hielo". Ballet. Música: Tchaikowsky. Coreografía: O. Araiz.

Teatro Nacional Cervantes.



1973. "Araiz on the rock". Teatro Odeón.
 "Hair", reposición. Teatro Chacabuco.
1974. "Romeo y Julieta", reposición. Teatro Municipal de Río de Janeiro, Brasil.
 "Fulgor y muerte de Joaquín Murieta", de Pablo Neruda. Dirección: Franklin Caicedo.
 "Beat-Suite". Coreografía: O. Araiz. Teatro Colón.
1975. "De cómo el señor Mockinpott consiguió liberarse de sus padecimientos". Autor: Peter Weiss. Dirección: José Luis Gómez. Teatro: Arena de Porto Alegre. Brasil.



renatíssima

Las palabras que se ponen de moda y empiezan a representar todo lo que la clase media alta tiene de convencional cuando quiere pasar por inteligente, me producen una idiosincrasia espontánea. Sé que esto es una estupidez de mi parte, porque no se puede culpar a las palabras por el convencionalismo de nadie. Por ejemplo, la palabra "mágico". O la palabra "onírico". O aún más, la palabra "surrealismo" o "superrrealismo" como quieren los puristas. Sin embargo, esas mismas palabras parecen tomar un baño de pureza cuando se trata de aplicarlas al arte de Renata Schusheim. Parecen revestirse de su connotación más íntima, y al mismo tiempo infantil, siempre que se imponen para significar el mundo en que se mueve una mujer tan actualizada en su cultura pero que sabe conservarse niña en sus actos y su comportamiento y que podría ser, al mismo tiempo, bicho felino, ave de presa y flor carnívora, si no fuera por la saudade que tiene de no haber nacido en la década del 20 y bailado un **ragtime** con Scott Fitzgerald, levemente ebria de pernod, al son de las alegres **jazzbands** de la época, envuelta en velos y plumas, y humos aromáticos saliendo en espirales de largas boquillas de marfil.

Su dibujo es como ella. Y ella es para mí uno de los seres más bellos (por fuera y por dentro) que me haya sido dado conocer y amar en este mundo feo, neurótico y violento en que vivimos.

Vinicius de Moraes



sobre renata

Renata dibuja y se abre. Flechas lánguidas le salen de adentro y se dejan empujar por la brisa. Las flechas ondulan, atraviesan y limpian la atmósfera de la ciudad; suben lentas, por el aire; navegan cielo arriba. ¿Qué comarca descubren por allá? ¿Hacia qué otra tierra te llevan cuando miras? ¿Qué aromas te dan de respirar, qué jugos de beber?

Allí están, esperándote, los sobrevivientes del próximo diluvio. Los peces son señores arrepentidos y en cada árbol resucita una muchacha. Las manos hacen nacer lo que tocan, de los pieses sale el suelo y todo se mezcla en el día primero de la nueva creación; los payasos tienen caras de cebras y las aves, piernas de mujer. El hilo de alambre del equilibrista te lleva de una vida a la otra y de la noche al día. Hay máscaras y mordazas y lágrimas para derramar, por cosas como el recuerdo del olvido o la muerte. Pero de los cuerpos de los amantes, que flotan en el aire, se desprenden, sin cesar, las hojitas invictas y distraídas.

Eduardo Galeano





Fotografías de Jorge Fisbein





me llamo renata

Significa vuelta a nacer.

Mi primer nacimiento fue un 17 de octubre de 1949.

Dibujé desde muy temprano interminables perfiles de princesas. A los 10 años tuve una profesora que descubrió para mí el mundo de las temperas y los pinceles. Fue a los 14 años que conocí a Carlos Alonso, dibujante a quien admiraba enormemente. Fui su alumna y aprendí, primero a copiarlo con gran placer, y luego a sacar, lentamente, mi mundo, mi manera de sentir y ver las cosas. Alonso me enseñó a observarme en el espejo, a dibujarme, a aprenderme.

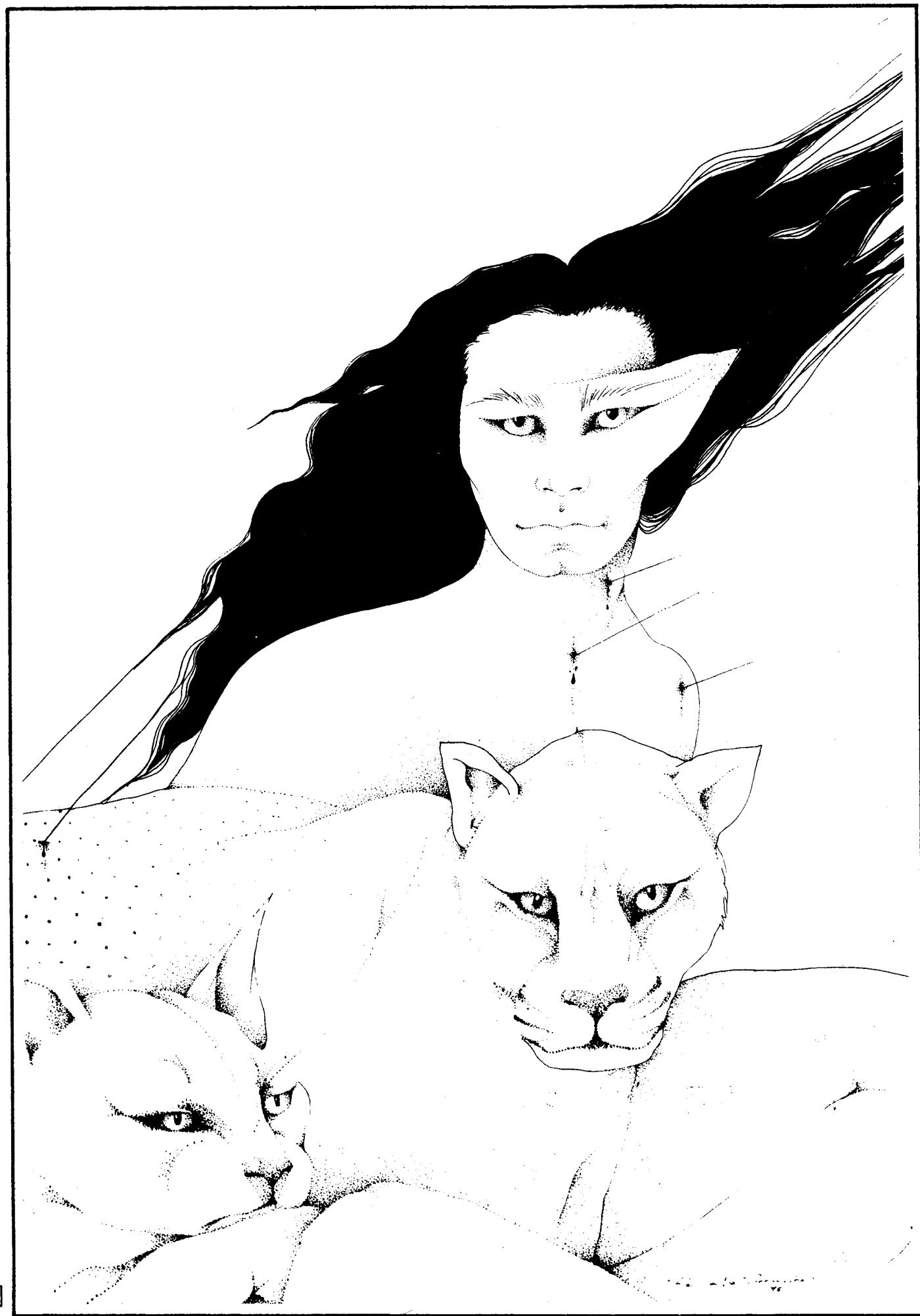
A los 15 años realicé mi exposición inaugural en la galería El Laberinto. Allí conocí a Oscar Araiz, coreógrafo, quien me tomó de la mano y me introdujo en el fabuloso mundo del ballet y el teatro. Vestí a toda una compañía para Romeo y Julieta, en el Teatro Municipal San Martín, que es como una enorme ballena y en cuyo interior permanecía fascinada todas las horas del día y de la noche. Por primera vez sentí el dulce calor del trabajo en grupo.

Amo al teatro tanto como al dibujo.

Esta relación triangular es complicada y la vivo siempre ansiosamente. Tengo desbordes de color cuando realizo una obra teatral; en cambio, frente al papel, mi ascetismo es total. Creo que la tinta negra, mi plumín y la hoja blanca, son ya demasiado para mí. El color sólo asoma en alguna mejilla disfrazada de pudor o en alguna quieta y nostálgica sonrisa.

Con mi penúltima exposición, llamada **Circus**, conseguí en pequeña medida unir al teatro con mi solitaria tarea gráfica. Ambicioño mucho más. Mientras descubro la manera, suelo sentarme en una vereda, y mirar incansablemente, apasionadamente, este terrible y maravilloso desfile.

Buenos Aires, 1976.



EL MAMIFERO HIPOCRITA

LA SAGRADA FAMILIA. El Greco. Archivo Fotográfico de The Hispanic Society of America.



Fredo Arias de la Canal

“Quiero rumiar durante largo tiempo sus palabras, como si fueran buenos granos; ¡mis dien-tes deberán desmenuzarlas y molerlas hasta que fluyan a mi alma como leche!”

Nietzsche
Así habló Zaratustra

El hombre que hoy conocemos, inició su evolución orgánica desde las remotas épocas en que surgieron las primeras señales de vida, derivadas de los ácidos desoxirribonucleico (ADN) y ribonucleico (ARN); ácidos que posiblemente se formaron originalmente por el deshielo de ciertos gases y elementos químicos y que, hoy en día, han sido compuestos sintéticamente por Arturo Kornberg y Severo Ochoa de Albornoz. Esta extraordinaria creación científica significa, nada menos, que el hombre ha logrado manufacturar el núcleo de la vida orgánica en un tubo de ensayo.

Si el mundo actual está poblado por cerca de un millón de especies animales, no deja de ser interesante el que la nuestra haya sobrevivido entre ellas y que además las haya superado en cuanto a inteligencia y destreza se refiere. Sin embargo, en la medida que su cultura avanzó, el hombre se fue convirtiendo, de animal común en animal simbólico, despreciando su estado original de mamífero, discriminando a las demás especies y aferrándose más a la idea del espíritu como ente independiente de la precaria envoltura terrenal. El hombre, en efecto, ha llegado a renegar de su animalidad, al grado de que la palabra animal la utiliza para denostar a su semejante como basto, torpe, tosco e incapaz. ¡Cómo iba el hombre a aceptar ser un animal, si había creado a Dios a su imagen y semejanza! Nietzsche (1844-1900), en el prólogo de *Así habló Zaratustra*, expresó la angustia de la animalidad del hombre:

“Yo os enseño al superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

“Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos: ¡y queréis ser vosotros el reflujo de esa gran marea, y retroceder al animal más bien que superar al hombre?

“¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa.

“Habéis recorrido el camino que lleva desde el gusano hasta el hombre, y muchas cosas en vos-

otros continúan siendo gusano. En otro tiempo fuisteis monos, y aun ahora es el hombre más mono que cualquier mono.

“Y el más sabio de vosotros es tan sólo un ser escindido, híbrido de planta y fantasma. Pero, ¿os mando yo que os convirtáis en fantasmas o en plantas?

“¡Mirad, yo os enseño al superhombre!

“El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

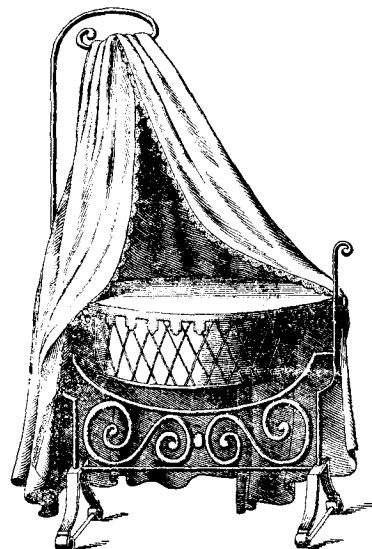
“¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.”

Pero el *homo sapiens*, que suele ser racional para lo irrelevante e irracional para lo trascendente, gradualmente ha cedido, más que a lo razonable, a lo científicamente comprobable y por lo tanto irrefutable, aceptando lo que realmente es: un mamífero inteligente, sin más alma que la que desearía poseer.

Como mamífero que es, lo más importante para el hombre, al nacer, es la mama, teta o glándula sebácea materna que lo nutre, causándole, en esa temprana infancia, gran satisfacción o por el contrario enfermiza frustración debida a que la leche materna puede ser escasa, agria, gruesa, o simplemente puede no fluir del seno, ocasionándole la muerte por hambre. Si estamos tratando lo que ha ocurrido en un millón de años, discúlpese-me que no hable de la leche sintética de biberón. En *MD en español* (enero de 1975) se publicó un artículo intitulado *Bebés y biberones*, allí leemos:

“En 1775 el director de la inclusa de Aix solicitaba consejo a la Facultad de Medicina de París, pues todos los niños del hospital fallecían alrededor de los cuatro meses. De París respondieron: **pónganlos a mamar de las ubres de una cabra.**

“Hasta el advenimiento de nuestro siglo, el niño que no tenía madre o ama de cría estaba ineluctablemente condenado a morir; las cría-



turas amamantadas por sus madres tenían más de un 50 por ciento de probabilidades de sobrevivir; pero enfrentadas a la inanición por hipogalactia, o a los riesgos de la alimentación mixta, padecían trastornos del destete y multitud de molestias digestivas y deficiencias de nutrición. (...)

”Sorano de Efeso, padre de la ginecología y la obstetricia, que vivió en el siglo II, consideraba que el calostro era difícil de digerir y nocivo para el niño, y aconsejaba que durante los dos primeros días no se alimentara al recién nacido, dándole tan sólo un poco de miel con la punta del dedo para ayudarlo a evacuar el meconio. La primera leche se extraía manualmente, en ocasiones era succionada por un niño mayor (doce siglos más tarde, en 1473, Bartolomeo Metlinger sugirió que un lobezno debía mamar la primera leche). A los seis meses de edad, escribió Sorano, se le podían dar a la criatura alimentos semisólidos, por ejemplo: migas de pan mezcladas con vino, sopa o huevos. Su “prueba de la uña” para verificar si la leche del pecho era buena, fue seguida durante casi 2,000 años: “Es buena la leche que es blanca y dulce, y que cuando cae sobre la uña y se mueve el dedo no se desparrama... ni se adhiere firmemente... un término medio es lo mejor.” Galeno recomendaba la leche únicamente hasta la dentición; luego, dar al niño más alimentos sólidos.”

En *Comentarios reales de los incas*, Garcilaso de la Vega (1539-1616) relata algunas costumbres de la época:

”Fuera de estas horas, no les daban leche, aunque llorasen porque decían que así no se habituaban a mamar durante todo el día.”

Sócrates, en el V libro de *La República*, dice cómo deseaba que ésta gobernara hasta en la lactancia de los niños, que para esto al nacer quedarían al cuidado de guardianas, como una defensa contra su trauma oral:

”Ellas proveerán del alimento y traerán a las madres al recinto cuando estén cargadas de leche, tomando todas las precauciones posibles para que ninguna madre reconozca a su hijo, y si fuere

menester puedan ser empleadas otras amas de cría.”

Observemos la regresión oral de Plutarco (50-126) al hacer una analogía entre la secreción láctea y las filtraciones acuosas de la tierra, en su *Vida de Emilio Paulo*:

”Así como los pechos de las mujeres no son vasos llenos de leche, siempre preparados y listos para escanciarlos, sino que su alimento, siendo transformado en los pechos, se hace leche y es cuando de allí se expele...”

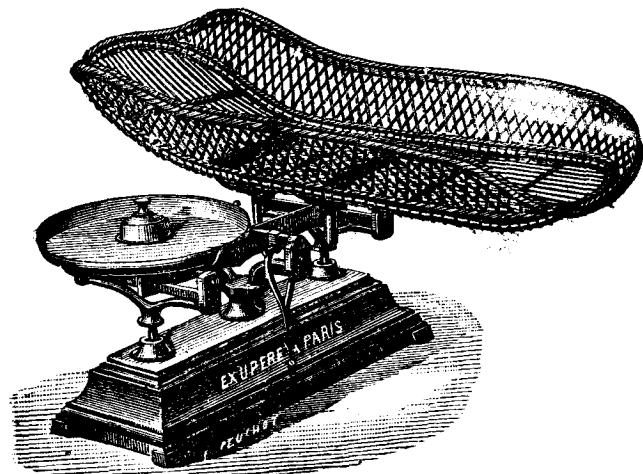
En 1892, Freud publicó un historial clínico intitulado *Un caso de curación hipnótica*, referente a una madre que se vio imposibilitada de amamantar a su hijo recién nacido, hasta la intervención de la sugestión hipnótica, después de la cual tuvo leche bastante para el niño. Veamos los comentarios de Freud:

”La histérica se conduce en forma muy distinta. No tiene, quizás, conciencia de sus temores, abriga la firme intención de llevar a cabo su propósito y emprende, sin vacilación alguna, el camino para lograrlo. Pero a partir de este momento se comporta como si abrigase la firme voluntad de no amamantar al niño, y esa voluntad provoca en ella todos aquellos síntomas subjetivos que una simuladora pretendería experimentar para eludir el cumplimiento de sus obligaciones maternas, o sea la falta de apetito, la repugnancia a todo alimento y la imposibilidad de dar el pecho al niño a causa de los terribles dolores que ello le originaba. Pero, además, como la voluntad contraria es superior a la simulación consciente, en lo que respecta al dominio del cuerpo, presentará la histérica toda una serie de síntomas objetivos que la simulación no consigue hacer surgir.”

Freud sospechó que la mujer histérica no amamantaba a su cría debido a la “voluntad contraria”, que en el fondo no es otra cosa que una actitud compulsiva de base masoquista y que actúa a manera de repetición activa, ante la memoria inconsciente de haber sufrido lo mismo pasivamente. En otras palabras, la madre no amamanta porque a su vez ella fue mal amamantada después de na-



CIHUATEOTL. Pieza de barro acompañada de un respaldo en forma de medio tonalámatl, con dos serpientes como cinturón. Lleva como tocado un moñito (ozomatli).



cer, porque pudo haber habido algún retraso en la llegada de la nodriza. Este resentimiento se observa en el historial de Freud:

“Recurriendo, pues, de nuevo a la hipnosis, desarrollé una mayor energía que el día anterior, sugiriéndole que cinco minutos después de mi partida había de encontrarse, un tanto violentamente, con los suyos, y preguntarles cómo era que no le daban de cenar, que si era que se habían propuesto matarla de hambre, o si creían que de este modo iba a poder criar a su hijo, etcétera. A mi tercera visita la sujetá no precisaba ya de tratamiento alguno. Nada le faltaba ya: gozaba de buen apetito, tenía leche bastante para el niño, no le causaba dolor ninguno darle el pecho, etc. A su marido lo había inquietado que después de mi partida hubiera dirigido a su madre ásperos reproches, contra su general costumbre. Pero desde entonces todo iba bien.”

Como Bergler descubrió que todo esteta debe su inspiración y creatividad, en gran parte, a su trauma oral, es menester acudir en ayuda de los poetas para que nos demuestren que tal teoría es cierta. Si el poeta debe su ingenio al hecho de haber pasado hambre durante su lactancia, quizás sus poemas revelen alguna defensa sublime contra aquella terrible memoria infantil. En su ensayo *El psicoanálisis de los escritores y de la productividad literaria* (1947), recopilado en *Selected Papers* consignó las defensas orales del escritor:

“El logra placer oral para sí, haciéndose de bellas palabras e ideas. En el sentido más profundo, es un deseo de refutar a la mala madre pre-edípica y a las frustraciones experimentadas a su través, mediante el establecimiento de una autarquía (...) El razonamiento sería así: “No es verdad que yo desee ser frustrado y rechazado por mi madre; mi madre ni siquiera existe. Yo, autárquicamente, me proveo de todo.” Bellas palabras e ideas que sustituyen a la leche, fluyen de la pluma del escritor. De esta manera el escritor se vuelve el proveedor, actuando en el papel de la madre surtidora y a la vez en el del niño receptor. Cuando este mecanismo de negación sirve, el escritor es productivo, pero cuando la negación

pseudoagresiva no es lo suficientemente poderosa como para contrariar el apego masoquista que trata de encubrir como un mecanismo de defensa, el escritor es estéril.”

Recordemos el poema *Las palabras*, de Carlos Edmundo de Ory:

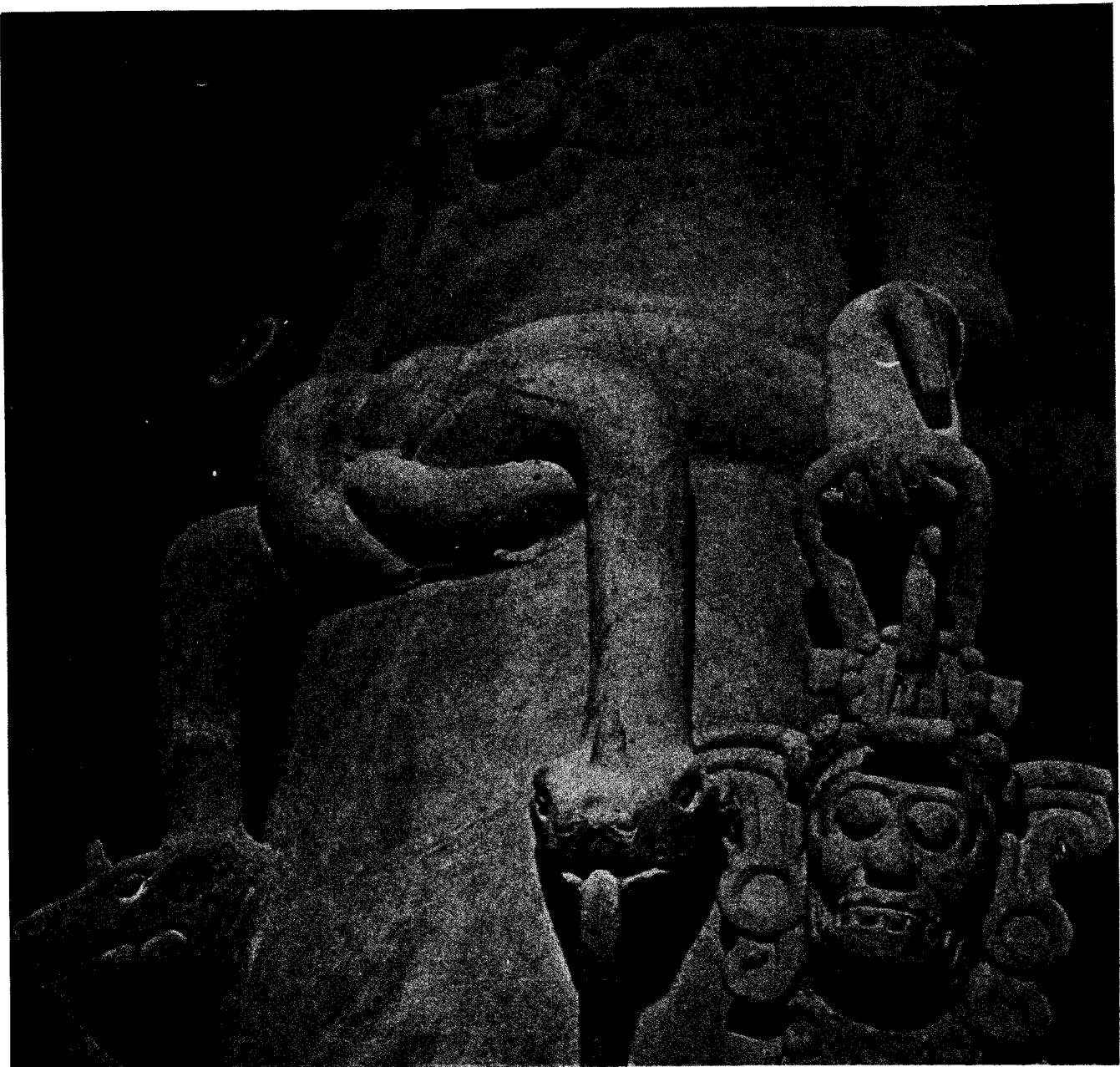
Palabras que el poeta hurtó del árbol
del dulce verbo celestial, divinas,
que el poeta mamó divinas siempre,
del silencio purísimo engendradas.

En una de las versiones del *Romance del Conde Claros*, podemos observar cómo del escritor pueden también fluir tristezas bellas:

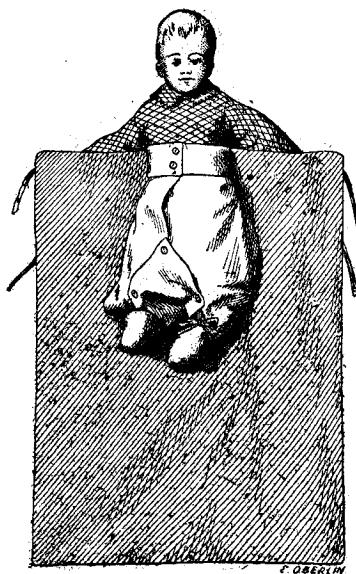
—Si la infanta está preñada
caso es que parirá.
Vino tiempo y pasó tiempo,
que la sacan a quemar,
con quince carros de leña
y más que van a buscar.
—Quién tuviera un criadito,
criadito de mi pan,
que me llevase una carta
a don Carlos de Montealgar.
—Escríbelas, mala hembra,
que yo te la iré a llevar.
Una la escribió con tinta
y otra con sangre leal,
y otra la escribió con leche
porque viera su pesar.

Acerquémonos a la historia y poesía de Rosalía de Castro (1836-1885), indiscutible valor de las letras gallegas, con el propósito de inquirir sobre el sufrimiento de una madre frustrada. Su acta de nacimiento reza así:

“En veinticuatro de febrero de mil ochocientos treinta y seis, María Francisca Martínez, vecina de San Juan del Campo, fue madrina de una niña que bauticé solemnemente y puse los santos óleos, llamándola María Rosalía Rita, hija de padres incónitos, cuya niña llevó la madrina y va sin número por no haber pasado a la Inclusa. Y para que así conste lo firmo. José Vicente Varela y Mantero. (Hay una rúbrica.)”



CIHUAUTEOTL. Mujer muerta en el parto.—Aquí vemos cómo el primer escultor de esta estatuilla proyecta simbólicamente el recuerdo de su propio trauma oral infantil al asociar los pechos-serpientes a la muerte de una madre, con lo que se identifica. Tal simbólica representa el complejo de castración, o sea, el temor de ser devorado por los pechos malignos; temor que es una proyección del hambre devorante que sufrió el esteta durante su lactancia.



Veamos este poema regresivo de Rosalía:

¡Cuán hermosa es tu vega! ¡Oh, Padrón! ¡Oh, Iria Flavia! Mas el calor, la vida juvenil y la savia que extraje de tu seno, como el sediento niño el dulce jugo extrae del pecho blanco y lleno. de mi existencia oscura en el torrente amargo pasaron cual barridas por la inconstancia ciega una visión de armiño, una ilusión querida, un suspiro de amor.

Nuestra poetisa casó con un escritor y tuvo varios hijos, mas es probable que haya perdido a Honorato Alejandro, su primer hijo varón, por no haber podido amamantarlo debidamente. Sus poemas así lo señalan:

—Hora, meu meniño, hora,
¿quién vos ha de dar a teta,
si tua nai vai no-o muiño,
e teu pai n-a leña seca?

Eu ch'a dera, miña xoya,
con mil amores ch'a dera,
hastra rebotar meu santo,
hastra que más non quixeras,
hastra verte dormidiño
con esa boca tan feita,
sorrindo todo fartiño,
cal ubre de vaca cheya.
Mais ¡ai, qué noite ch'agarda!
Mais, ¡ai, qué noite ch'espera!
Qu'aunque duas fontes teño,
estas fontiñas non deitan.

(...)

Era apacible el día
y templado el ambiente,
y llovía, llovía,
callada y mansamente;
y mientras silenciosa
lloraba yo y gemía,
mi niño, tierna rosa,
durmiendo se moría.

Conmovámonos con el poema **La muerte del hijo** (Siglo XII), de Su Che:

Nunca se agotarán mis lágrimas.
¡Qué lejano aún el tiempo
en que pueda olvidar este día cruel!
Nadie tiene la fuerza de escuchar
los sollozos atroces de la madre.
¡Quién nos diera el morir todos contigo!

Las prendas què llevaste
siguen aún guardadas en el arca.
Y aún conserva tu cuna
la leche que sobre ella derramaste.
Sólo un deseo nos deja esta desolación:
olvidar toda vida,
y tenderse todo el día, inmóvil, insensible.

Yo no era joven ya cuando pedí
que me explicaran
lo que me había anunciado un tenebroso sueño.
Los remedios inútiles formaban ya montañas,
pero más crecía el mal.

¡Mejor fuera tener una piadosa daga
y abrirme de una vez estas viejas entrañas
que desgarra el dolor!...
Pero ya reconozco mi extravío;

por fin vuelvo a mí mismo.
¡O es más bien; ¡ay de mí!,
que, agotada la fuerza de sufrir,
se ha llevado consigo mi dolor?

La mujer que en su infancia ha sufrido un trauma de lactancia, desarrolla durante toda su vida una serie de síntomas histéricos perfectamente catalogados por la escuela psicoanalítica, entre los que se encuentra el de no poder amamantar a alguna de sus crías. Afortunadamente se recurrió, en tiempos pasados, a las amas de leche. La mitología nos dice que Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba, o sea por una **imago matris** devorante. Nos dice Plutarco —citando a Antistenes— que la ama de cría de Alcibíades fue una lacedemonia llamada Amiclas. La madre de Julio

César supuestamente murió en el parto y se desconoce quién fue la nutriz de aquél*; Alfonso el Sabio fue criado por Urraca Pérez, según Solalinde; Hernán Cortés, por María de Esteban, vecina de Oliva, como lo consigna Francisco López de Gómara (1512-1572), en *Historia de la Conquista de México*. Adviértase que en tres de los casos citados figuran los testimonios de escritores de reconocido crédito. En uno de los *Romances del rey don Pedro el cruel* se consigna el nombre de otra ama de cría a quien fue entregado el vástagos de la reina y del maestre don Fradrique de Castilla:

—Yo, desventurada reina,
más que cuantas son nacidas,
casáronme con el rey
por la desventura mía.
De la noche de la boda
nunca más visto lo había,
y su hermano el Maestre
me ha tenido en compañía.
Si esto ha pasado,
toda la culpa era mía.
Si el rey don Pedro lo sabe,
de ambos se vengaría;
mucho más de mí, la reina,
por la mala suerte mía.
Ya llegaba Alonso Pérez
a Llerena, aquesa villa:
puso el infante a criar
en poder de una judía;
criada fue del Maestre,
Paloma por nombre había;
y como el rey don Enrique
reinase luego en Castilla,
tomara aquel infante
y admirante lo hacía:
hijo era de su hermano,
como el romance decía.

* Plutarco, en *Vidas paralelas* habla de Aurelia, la madre de Cayo Julio César, y quien todavía vivía cuando éste estaba casado con Pompeya. Parece que fue Julia, esposa de Pompeyo e hija de César, la que murió de parto, con lo que se rompió la liga familiar que unía a estos dos adalides romanos, provocando ello la guerra civil.





En el **Romance del Conde Alarcos y de la infanta Solisa** el juglar provoca a compasión cuando el rey manda al Conde a asesinar a su mujer, la Condesa:

Llorando se parte el conde,
llorando sin alegría;
llorando por la condesa,
que más que a sí la quería.
Lloraba también el conde
por tres hijos que tenía:
el uno era de teta,
que la condesa lo criá,
que no quería mamar
de tres amas que tenía
si no era de su madre
porque bien la conocía;
los otros también pequeños,
poco sentido tenían.

Veamos lo que Salvador de Madariaga consignó sobre otro gran guerrero y escritor, en su **Bolívar**:

“La primera nodriza de Bolívar había sido una dama cubana, amiga íntima de su madre: Doña Inés Mancebo, esposa de Don Fernando de Miyares, más tarde Gobernador de Maracaibo y Gobernador General de Venezuela. Con arreglo a la costumbre criolla, la madre de Bolívar, por no poder amamantar a su hijo, había rogado a su amiga, que entonces tenía también un niño de pecho, “le hiciera las entrañas a Simoncito”, según frase curiosa de Caracas, mientras le encontraba una ama de cría. Años más tarde probará Bolívar que había guardado intacto el respeto y el afecto para con dicha señora, a pesar de la lealtad de ella para con la causa de España, que no desmintió nunca Doña Inés. El 18 de agosto de 1813, cuando ya los patriotas confiscaban los bienes de todos los españoles europeos en los territorios de su mando, escribía Bolívar al Coronel Pulido, Gobernador de Varinas, que no se confiscara la hacienda de Bocomi perteneciente a Doña Inés: “Cuanto usted haga en favor de esta señora corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fue ella la

que en mis primeros meses me arrulló en su seno. ¿Qué más recomendación que ésta para el que sabe amar y agradecer como yo?” Pero Bolívar no parece haber cultivado la amistad de Doña Inés, con quien sólo lo unía un conocimiento intermitente y lejano. No así con la esclava negra Hipólita, de la hacienda de San Mateo, que en 1791, de 28 años, era valuada en \$ 300. Hipólita fue su ama de cría, y en 1825 aún escribía el Libertador a su hermana María Antonia: “Te mando una carta de mi madre Hipólita para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre: su leche ha alimentado mi vida, y no he conocido otro padre que ella.”

Aunque la mayoría de los poetas debieron haber tenido nodrizas, pocos lo han consignado en sus versos. Alfonsina Storni (1892-1938) recordó a la suya en **Voy a dormir**:

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

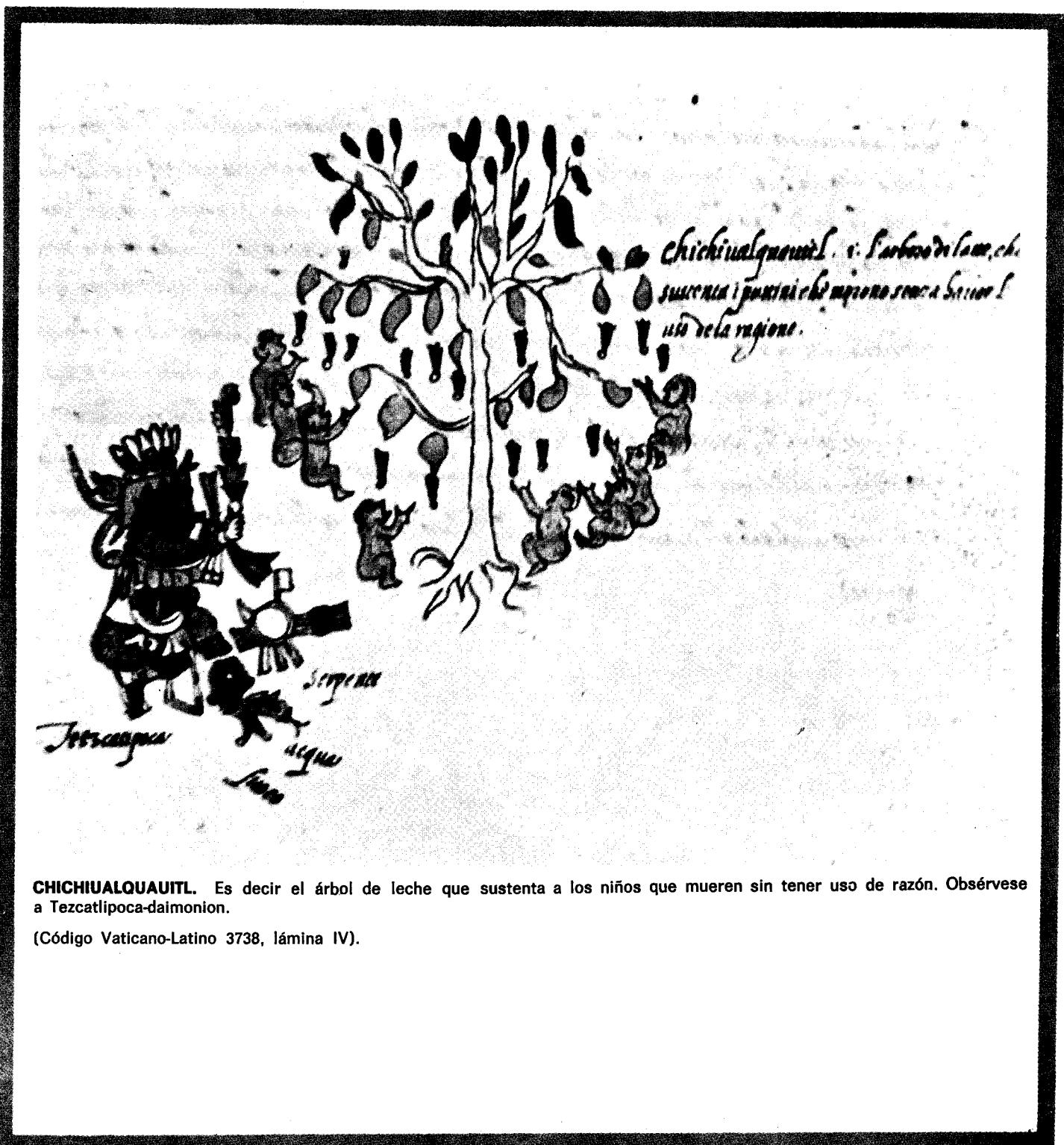
Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

Déjame sola; oyes romper los brotes...
te acuña un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono,
le dices que no insista, que he salido...

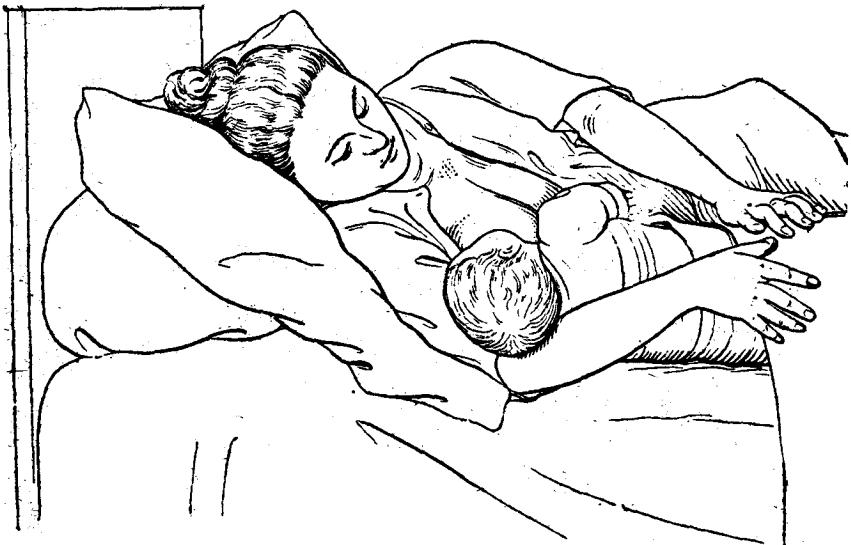
Francisco Castillo Nájera (1886-1954), nos dice en **Regreso al Lar**:

Como antiguamente, en el seno amado
—vengo muerto, ¡muerto!— déjame posar;
¡oh, tu pequeñuelo, cómo está mudado!,
mi vieja nodriza... ¡cómo está cambiado!;
cántame canciones de dormir... soñar...



CHICHIUALQUAUITL. Es decir el árbol de leche que sustenta a los niños que mueren sin tener uso de razón. Obsérvese a Tezcatlipoca-daimonion.

(Código Vaticano-Latino 3738, lámina IV).



Cántame canciones, manso, suave, manso...
 tristes como noches en lóbrego mar...
 cántame canciones para ver si alcanzo
 que mi alma se duerma, que halle paz, descanso,
 ¡cuando al fin la muerte me venga a buscar!...

Veamos este verso de *Ifigenia cruel*, de Alfonso Reyes (1889-1959):

No fue ciega la ira que me devolvió a Micenas,
 incubando en el monte mis furores de niño;
 nodriza ruda me criaba para el cuchillo,
 y soy dardo de mano derechera.

Rememoremos el poema *La nodriza*, de Helcías Martán-Góngora:

Si el tiempo represara la corriente,
 volvería a encontrar a mi nodriza,
 su negra faz, la tiza de su risa
 escribiría estrellas en mi frente.

La voz cautiva, el mágico afluente
 soltará sin nostálgica premisa
 y sería el silencio reverente
 ángel infante en la primera misa.

La sombra de su sombra me acompaña,
 negro mastín, halcón sobre la mano,
 me sigue por el mar y la montaña.

Del lácteo nombre el manantial sereno
 me devuelve —al conjuro del océano—
 leche y miel en la copa de otro seno.

Jorge Luis Borges consignó *Un animal soñado* por C. S. Lewis (1949), en *Manual de zoología fantástica*:

“Las bestias de esta especie no tienen leche,
 y, cuando paren, sus crías son amamantadas por
 una hembra de otra especie”.

El artículo de *MD en Español* antes citado, nos informa sobre la selección que, antiguamente, se hacía de las nodrizas:

“A través de los siglos los médicos anotaron

las cualidades que debe reunir una ama de cría: edad entre 25 y 35 años; debe haber parido y criado dos o tres hijos, por lo menos uno varón (Oribasio); sus pechos no deben ser flácidos (Susruta), ni excesivamente puntiagudos (Corán); los pezones no deben ser demasiado pequeños (Oribasio), ni demasiado grandes (Ambroise Paré).

“Debe ser fuerte, de amplias caderas, bien parecida, tener buen cutis, ser preferiblemente rubia (en ningún caso pelirroja), recatada, de buen carácter, alegre; “la mente pérvida” de una pelirroja o el mal genio de una cascarrabias se transmitirían al bebé a través de la leche.

“Para estimular la producción de leche, el ama de cría debía comer ubres y lombrices secas pulverizadas (según Avicena) y masajearse los pechos con cenizas de lechuza o murciélagos. Su dieta excluía las especias, el ajo, los rábanos y las cebollas.”

En *El Criticón*, Baltasar Gracián (1601-1658), sufrió una regresión oral en *Crisi IX*:

“Sucede a una ventura una desdicha, y así la temía Filipo el Macedón, después de las tres felices nuevas. Tiempo señaló el sabio para reír y tiempo para llorar. Amanece un día nublado, otro sereno, ya mar en leche y ya en hiel. Viene tras una mala guerra, una buena paz, con lo que no hay contentos puros, sino muy aguados, y así los beben todos. No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida: milicia sobre la haz de la Tierra. No está en ella y convino así, porque si aun de este modo estando todo lleno de pesares, sitiada nuestra vida de miserias, con todo eso no hay poder arrancar los hombres de los pechos de la villana Nodriza, despreciando los brazos de la Celestial Madre que es la reina.”

Fue Sócrates en *Ion*, el primer filósofo que relacionó la compulsión poética con la defensa oral compulsiva:

“Porque todos los poetas, sean épicos o líricos, componen sus bellos poemas no por arte, sino porque están inspirados o poseídos. Y como los coríbantes que al bailar están fuera de sí, así los poetas líricos no están en sus cabales cuando compo-

nen sus preciosas odas; sino que cuando caen bajo el influjo de la armonía y el ritmo, se inspiran y son posesos, al igual que las bacantes que extraen leche y miel de los ríos cuando se encuentran bajo la influencia de Dionisio, mas no cuando están cuerdas."

Los profetas y los caudillos siempre se valieron de promesas relacionadas con la retribución oral, para conducir a sus pueblos. Moisés con el propósito de sacar de Egipto a los hijos de Israel, les habló de la tierra de promisión. En **Exodo** (3 : 8) leemos:

"Y he bajado para librarlo de las manos de los egipcios y subirlo de esa tierra a una tierra que mana leche y miel."

En la **Primera crónica general** (1289) están las promesas de Mahoma:

"Todo aquel que mata a su enemigo y aun aquel al que lo matan sus enemigos, luego se van derechamente al paraíso." Y les decía que el paraíso era lugar muy hermoso y muy deleitoso para comer y beber, y que por él corrían tres ríos: "uno de vino, otro de miel y otro de leche."

En el **Cantar de mio Cid**, el obispo don Jerónimo no les prometía ríos de leche a las huestes, pero sí el paraíso, como en actitud antitética en cuanto a la mahometana:

A quien en la lucha muera
peleando cara a cara
le perdonó los pecados
y Dios le acogerá el alma.

En **Historia de la dominación árabe en España** (1820), Antonio Conde consignó el caso de los 15,000 hombres que el rey Alhakem desterró de Córdoba y que pasaron a Berbería expugnando a Alejandría y más tarde apoderándose de la isla de Creta, en el año 835:

"Así lo refiere Homeidi citando a Muhamad ben Huzam, y cuenta asimismo que estos andaluces con veinte naves corrían y robaban en el mar

griego y en sus islas; dice que deseando ellos por el natural amor a su patria tornar a ella con las muchas riquezas que habían allegado, su caudillo les quemó la flota, y que como se quejasen de él y de su constante determinación, lamentándose de su destierro, el caudillo les dijo: ¿cuánto mejor y más amena es esta isla que corre miel y leche, que vuestros desiertos?; entre estas bellas cautivas olvidaréis a vuestras amadas; hallaréis aquí todos los placeres de la vida y una nueva generación, que será vuestro solaz en la vejez. Era que moraban en Suda, y fundaron Candax al Oriente de la isla. Tal fue la suerte de los expatriados de Córdoba."

Escuchemos lo dicho por Juan I de Aragón (1350-1395), en el privilegio que otorgó a Aversó y a March, en donde se relaciona también la poesía con la oralidad:

"Conocemos (dice el rey), los efectos y la esencia de este saber, que se llama ciencia gaya o gaudiosa, y también arte de trovar, el cual resplandeciendo con purísima y honesta y natural facundia, instruye a los rudos, excita a los desidiosos y a los torpes, atrae a los doctos, dilucida lo obscuro, saca a luz lo más oculto, alegra el corazón, aviva la mente, aclara y limpia los sentidos, nutre a los pequeñuelos y a los jóvenes con su leche y su miel, y los hace en sus pueriles años anticiparse a la modestia y gravedad de la cana senectud, infundiéndoles con versos numerosos templanza y rectitud de costumbres, aun en el fervor de su juvenil edad, al paso que recrea deleitosamente a los viejos con las memorias de su juventud; arte, en suma, que puede llamarse "aula de las costumbres, socia de las virtudes, conservadora de la honestidad, custodia de la justicia, brillante por su utilidad, magnífica por sus operaciones"; arte que da frutos de vida, prohíbe lo malo, endereza lo torcido, aparta de lo terreno y persuade de lo celestial y divino; arte reformadora, correctora e informadora, que consuela a los desterrados, levanta el ánimo de los afligidos, consuela a los tristes, y reconoce y nutre como hijos suyos a los que han sido criados a los pechos de la amargura, e imbuyéndolos en el néctar de su fuente suavísima, los hace, por sus exce-



lentes versos, conocidos y aceptos a los Reyes y a los Prelados."

Juan de Valdés (1500-1540), reformador eclesiástico nacido en Cuenca, se expresa en *Diálogo de la lengua* de la siguiente manera:

"Todos los hombres somos los más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural, y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en los libros."

Cervantes, en el *Quijote*, según nos dice Américo Castro (1885-1972) en *El pensamiento de Cervantes*, siguió a Valdés cuando dijo por boca de don Quijote al Caballero del verde gabán (2da. XVI):

"... todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjerías para declarar la alteza de sus conceptos."

Observemos la clara relación de la poesía con el recuerdo oral, en el poema *Voz y tono* de Manuel de Góngora (n. 1894):

Yo quiero, verso mío,
que seas rútilo y claro
como luna de enero,
como aguas de remanso;
rico a la vez y sobrio,
viril y apasionado,
como una encina, fuerte,
y libre como un pájaro.
Yo quiero verso mío,
que brotes limpio y casto
cual del materno pecho
fluye el licor sagrado.

Uno de los aspectos peculiares de la literatura española es el del uso frecuente de la palabra "leche", la que se utiliza para hacer toda suerte de comparaciones. En *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina (1583-1648), don Juan le habla a Catalina sobre Isabel:

El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
revienta la verde cárcel.

Tirso bebió del *Romance de Galiarda*:

Ya salía Aliarda
de los baños de bañar;
la vi sacar su rostro
como la leche y la sangre.

En *Cantares populares literarios*, recopilados por Melchor de Palau en 1900, encontramos:

Tienes ojos de paloma
carita de leche y sangre
y los cabellitos rubios
como la virgen del Carmen.

Veamos este otro:

Tienes unos ojos, niña,
más negros que el azabache,
y una carita más blanca
que la leche que mamaste.

Escuchemos a Luis de Góngora y Argote (1561-1627):

Mira, amiga, tu pantufla,
porque verás, si lo vieres,
que se parece a mi cara
como una leche a otra leche
(...)

Y a ver sus hermosas fuentes
y sus profundos estanques
que los veranos son leche
y los inviernos cristales
(...)

Regalaban a Tisbica
tanto, que si la muchacha
pedía leche de cisnes
le traían ellos natas.

Oigamos a Juana Inés de Asbaje (1648-1695):

De cuajada leche
tus manos serán
de la que al sereno
se pasó a acedar.

(...)

la del hablar dulce
cuyos labios bellos
destilan panales
leche y miel vertiendo

Entre nosotros, el aprender algo en la niñez es “mamarlo en la leche”. “Estar con la leche en los labios” significa falta de experiencia. Las adaptaciones infantiles que duran de por vida tienen el dicho: “Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.” Tener buena suerte es “tener leche”. “Estar de mala leche” significa estar de mal humor, o no haber salido con bien en algo. Ser un “mala leche”, es ser malvado. Si a una cosa se la llama despectivamente leche, es que es una monserga: “Eso es una leche”, es como decir que es un fastidio. Otra expresión habitual es la de “qué comparaciones me haces ni qué leches”. También se usa el vocablo para menoscabar: “Lo que diga la Academia me importa tres leches.” Cuando se está sosegado, en buen estado de ánimo, nos acordamos de Juana Inés, quien en su **Respuesta a sor Filotea** se preguntó:

“¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes?”

Teresa de Ávila (1515-1582), en **Las moradas**, resuelve su problema oral, sublimándolo místicamente:

“¡Oh, vida de mi vida y sustento que me sustentas!, y cosas de esta manera; porque de aquellos pechos divinos, adonde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen rayos de leche que a toda la gente del castillo confortan...”

Nietzsche, en **La canción de la noche de Así habló Zarathustra**, plasmó una imagen psicótica parecida a la de Teresa:

“¡Oh, sólo vosotros los oscuros, los nocturnos, sacáis calor de lo que brilla! ¡Oh, sólo vosotros bebéis leche y consuelo de las ubres de la luz!”

Francisco de la Maza, en **Catarina de San Juan, Princesa de la India y visionaria de Puebla**, nos informa sobre las alucinaciones lácteas de los místicos:

“Hay un curioso símbolo en la iconografía católica, que se refiere, espiritualmente en la teoría, pero físicamente en el arte, al acto en que algunos santos toman leche de los pechos de la Virgen. Esto lo he explicado yo en otra parte, y aquí sólo resumo: Resulta que este hecho, que incluso escandaliza a algunos, era tema y uso corriente en el Barroco. Responde a dos preguntas y a un deseo. Las preguntas son: ¿de qué se alimentan los santos, ya que no comen, que se sepa? o ¿qué comen los santos que dicen y escriben cosas tan bellas? La respuesta es: Cristo les da su sangre y la Virgen María su leche. En el caso del deseo es que bien merecen que, después de tantas privaciones y penitencias, tengan el consuelo de reanimarse con alimentos divinos.”

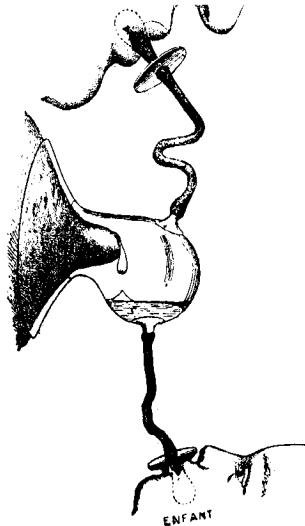
Baltasar Gracián (1601-1658), en **El Criticón, Crisi XII**, confirma la oralidad de la oratoria:

“Fuéronse ya engolfando por aquel mar en leche de su elocuencia, de cristal en lo terso del estilo, de ambrosía en lo suave del concepto, y de bálsamo en lo odorífero de sus modalidades”.

Francisco José de Artiga, en **Epítome de la elocuencia española** (1725), dijo:

S. Laurencio nace en Huesca,
vencedora leche mama,
fe invencible en ella toma.

En **Españares fuera de España**, Marañón cita a Tamayo de Vargas, quien dijo que de Toledo se recibía:



“la leche de la pureza y elegancia de la lengua, lo tan propio de los toledanos.”

Marcelino Menéndez y Pelayo, en *Historia de las ideas estéticas en España*, desesperado ante el vacío cultural de aquella época inquisitorial, exclamó:

“¡Con esta leche se nutrían las generaciones artísticas a fines del siglo XVIII!”

Freud se hubiera admirado de las maldiciones expresadas comúnmente por muchos españoles cuando sufren alguna contrariedad, pues en algunas desarrollan una actitud pseudoagresiva de carácter anal-sádico contra el deseo inconsciente y regresivo de ser alimentados con mala leche. Su expresión sería; “Yo no deseo ser rechazado de la leche, al contrario, me cago en la leche que mamé.” En el *Diccionario secreto* (1968) de Camilo José Cela, obra que debe leer todo aquel que desee conocer el auténtico idioma de la hispanidad, se dice:

“¡Me cago en la leche!, expresión interjetiva que denota ira.”

En el drama *La prudencia en la mujer*, Tirso de Molina (1583-1648), pone en boca de Chacón estas palabras dirigidas a Benavides:

Heredasteis
los enojos que os incitan,
con la leche que mamasteis.

Américo Castro en *La realidad histórica de España*, dice al respecto:

“Si el cristiano invocaba al Dios musulmán al decir ¡ojalá! y ¡olé!, también seguía el modelo árabe al decir palabrotas como carajo y leche.”

Aunque Castro atribuye al modelo árabe la manía de los españoles de mencionar en sus deustros la palabra leche, Miguel Hernández (1910-1942) en *Sino sangriento*, nos demuestra cómo las compulsiones agresivas se forman por un recuerdo oral reprimido:

Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo en mi venida,

me dieron a mamar leche de tuera,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el ojo abrí por vez primera
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era.

Me persigue la sangre ávida y fiera,
desde que fui fundado
y aun antes de que fuera
proferido, empujado
por mi madre a esta tierra codiciosa
que de los pies me tira y del costado,
y cada vez más fuerte, hacia la fosa.

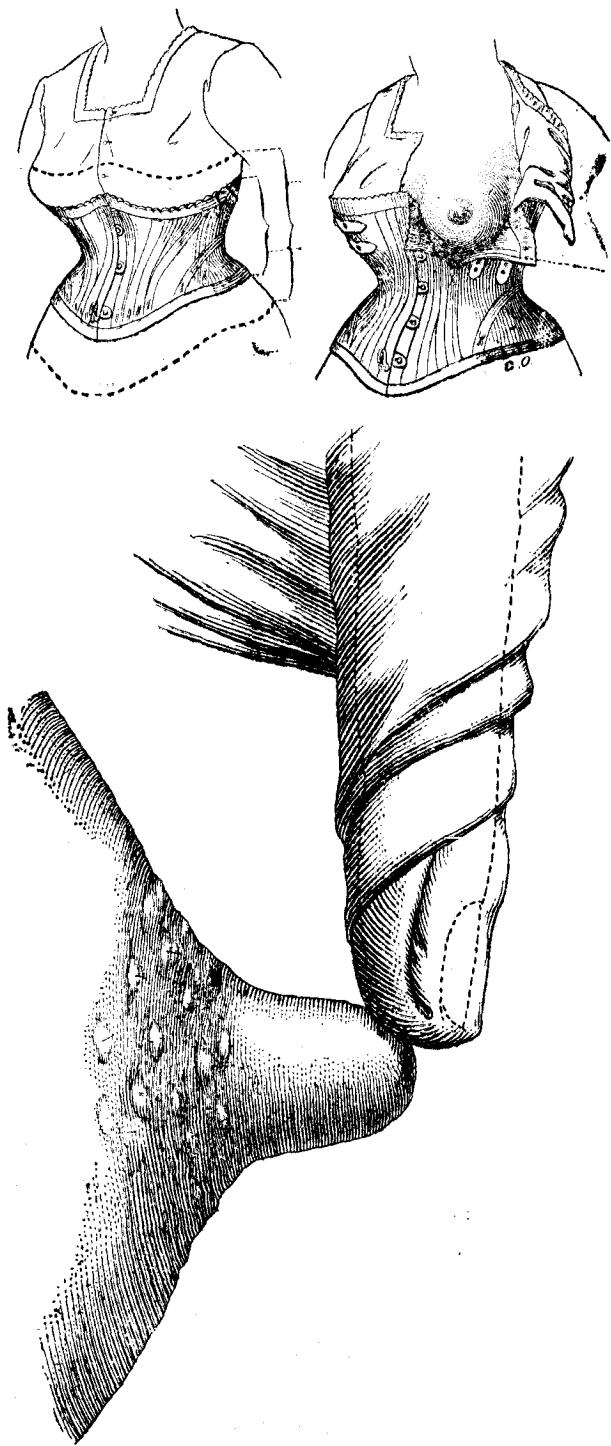
Lucho contra la sangre, me debato
contra tanto zarpazo y tanta vena,
y cada cuerpo que tropiezo y trato
es otro borbotón de sangre, otra cadena.

Aunque leves los dardos de la pena
aumentan las insignias de mi pecho
en él se dio el amor a la labranza,
y mi alma de barbecho
hondamente ha surcido
de heridas sin remedio mi esperanza
por las ansias de muerte de su arado.

Todas las herramientas en mi acecho:
el hacha me ha dejado
recónditas señales;
las piedras, los deseos y los días
cavaron en mi cuerpo manantiales
que sólo se tragaron las arenas
y las melancolías.

Son cada vez más grandes las cadenas,
son cada vez más grandes las serpientes,
más grande y más cruel su poderío,
más grandes sus anillos envolventes,
más grande el corazón, más grande el mío.

La palabra carajo no existe en ningún diccionario de la lengua castellana. En la *Encyclopédie universale illustrée*, Espasa Calpe se encuentra el verbo *carajear* del que se dice: “En su forma substantivada se refiere al miembro viril; pero es voz de pésimo gusto que no figura en el diccionario

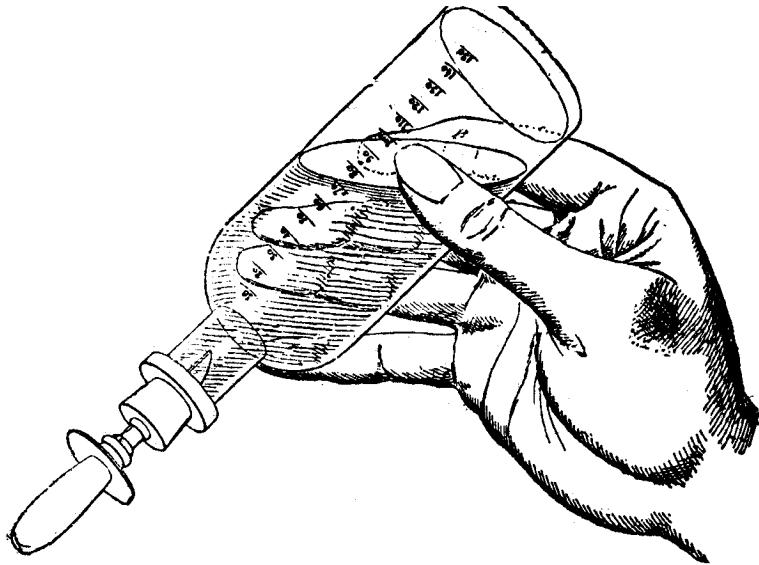


de la Academia y que no se usa entre la gente culta." Sin embargo, admite la Enciclopedia: "En forma de interjección su significado es muy elástico, pues lo mismo es proferido cuando indica sentimientos de alegría y gozo que cuando expresa los contrarios".

Me advierte don Armandino Pruneda que el *Diccionario general etimológico de la lengua española, Roque Barcia, Barcelona, 1880*, consignó la palabra *¡caraja!*:

"Interjección familiar, impropia del decoro de la cultura y buena crianza. **Masculino.** Palabra torpe. **Etimología.** Hallándose don Juan I, el conquistador, en el famoso cerco de Mallorca (1229), dispuso que una compañía de su gente fuera al campo enemigo con el único fin de traer ajos, que eran muy del gusto del monarca. La mala fortuna fue tan rigurosa y extremada con los enviados, que no volvió ninguno de la expedición. Al tener don Jaime noticia de lo desastroso de la empresa, exclamó bajando la frente: *¡Car all!* (*¡Caro ajo!*), puesto que le costaba una compañía. Esta interjección, inocente entonces, se empleó después a guisa de voto o de conjuro, viniendo a ser una palabra baja y obscena. Si la voz del artículo no tuviera el origen lemosino (provenzal) que hemos indicado, vendría seguramente del griego *karaxos*: taladro, punzón."

El hecho irrefutable de que las voces *carajo* y *leche* (en su acepción vulgar) entre otras no catalogadas por la Academia, sean proferidas constante y habitualmente por los pueblos de habla castellana, como una exclamación ante contrariedades o avenimientos de toda índole, pudo haber provocado la represión académica a dichos vocablos porque a ellos se haya asociado el significado meramente sexual: pene y esperma. Mas, desde el ángulo psicoanalítico estas expresiones populares y cotidianas son un testimonio que acusa la adaptación inconsciente al rechazo oral de nuestras gentes. *Carajo*, originalmente tuvo que haber sido una interjección relacionada con el recuerdo infantil del pezón materno que, como el miembro viril, se yergue, penetra y eyacula poca, mala, buena, abundante o ninguna esperma o leche. En *Martín*



Fierro, de José Hernández, por lo que toca a algunas ediciones, han tratado de desvirtuar con ciertos eufemismos, varios de los vocablos comunes del idioma. Cuánto mejor se lee el verídico original:

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa'l trabajo...
pero hoy en día... ¡carajo!
no se la ve de aporriada.

En su Bolívar, Madariaga consignó lo que la tradición popular recuerda del famoso juramento del libertador en el monte Sacro:

"Te juro, Rodríguez, que libertaré a América del dominio español, y que no dejaré allá ni uno de esos carajos."

La relación de la oralidad con la sexualidad se puede advertir en el primer cuarteto del *Sonetito del carajo*, de José de Espronceda (1808-1842), consignado por Camilo José Cela en su obra citada:

Un carajo impertérrito que al cielo
su espumante cabeza levantaba,
y coños y más coños desgarraba,
de blanca leche encaneciendo el suelo.

En *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje*, Edit. Cromos, Bogotá, 1943, Roberto Restrepo analizó y defendió el uso de esta palabra:

"¿Sabes, lector amigo, que nuestra pudorosa Academia no ha permitido que en su Diccionario figure esta 'sublime interjección', la más expresiva de toda nuestra lengua. Para muchos será sorpresa saberlo. ¿Y cuáles han sido las causas para que así se la desprecie? Porque es palabra vulgar, dicen unos. ¡Desgraciado del idioma que sólo tuviera vocablos para expresarse los pisaverdes o las damas!... Una lengua debe ser paleta donde todas las clases sociales ignorantes o ilustradas, bajas o cultas, hallen el color de su agrado

para expresar sus ideas y sus pasiones, para dar vida y colorido a todos los conceptos. Que tiene un sentido vago, dicen otros. Pues toca entonces a la Academia precisarlo, como ha hecho con voces que tienen cincuenta acepciones o más. Es una interjección que indica unas veces alegría (poco usada en este caso), admiración o sorpresa otras veces, o, casi siempre, enfado. Como sustantivo se usa para designar al hombre torpe o apocado: "Es un carajo". "Váyase usted al carajo", decimos al que nos importuna. Mandar a alguien al carajo es despedirlo con desprecio, con enfado; "Vaya al carajo", supera en mucho al "anda a esparagar" que usan en España. Entre la gente culta se disimula un poco la palabrota diciendo caray o caramba, carachas o caracho (aceptadas las dos primeras por la Academia), bien que las dos últimas no dejan por eso de tener su viso de vulgaredad.

"La docta y remilgada Academia ha dejado cerradas las puertas de su Diccionario a la más expresiva palabra de nuestra lengua. Pero con la venia académica o sin ella, vivirá la interjección cuanto viva el idioma castellano, que bien pudiera tener sólo este vocablo para ser ya excesivamente rico. Ponedme sobre la tierra a un hombre que con distintas entonaciones sepa sólo decir carajo, y nada más habrá menester, ¡pues que se sabe ya todo un idioma!"

La Academia ha juzgado pertinente no incluir en el diccionario otra "palabrota" que usamos frecuentemente los que hablamos el idioma castellano, y cuya etimología seguramente habrá tratado algún filólogo tan desconocido de esa institución como la misma palabra. Se trata del verbo joder que tiene dos significados: uno es el del acto sexual, y el segundo el de fastidiar, importunar, molestar; el dicho es "no me jodas". Obsérvese la relación entre la oralidad y la frustración, pues al acto sexual o de lactancia y al de fastidiar se les confiere el mismo sentido; quizás por esta razón en situaciones análogas se usa el "no mames" en lugar del "no jodas".

Como muchas de nuestras voces quizás joder tenga un origen latino. Fodere, en esa lengua,

significa cavar o escarbar. De esta raíz nos ha quedado la palabra *foso*. Es probable que al castellanizarse *fodere* se haya trocado por *hodere* al igual que *Fernán* por *Hernán*. Es curioso observar que esta palabra de la que nos ocupamos, igualmente pueda significar el acto sexual o el de molestar.

El *Diccionario de autoridades* de la Real Academia española (1732) contiene las palabras germanicas *godeño*, que significa rico o principal; *godería*: convite, o comida de gorra, o borrachera, y *godible*: alegre o placentero. En *El doble sentido antitético de las palabras primitivas* (1910), Freud dijo:

“En la lengua egipcia, reliquia única de un mundo primitivo, hallamos cierto número de palabras con dos significados, uno de los cuáles es precisamente la antítesis del otro.”

Así, pues, como en latín *sacer* significa a la vez sagrado y maldito, también es posible que los españoles hayan utilizado el *godible* o el *jodido* de manera ambivalente. Si a esta suposición se le añade el que desde 1492 la peor ofensa que se le podía hacer a un español era llamarlo *judío*, quizá el significado de estar fastidiado o perseguido, o sea, “*estar judío*”, pueda ser más aceptable. El “*estar judío*” convirtióse acaso en el “*estar jodido*”, y este adjetivo es posible que diera paso al verbo que no ha tenido a bien consignar la Academia en su fútil intento de desvitalizar, a la francesa, el espíritu verdadero de los españoles. Bien lo dijo Ortega en *El tema de nuestro tiempo*:

“En efecto, cuando se oye hablar de “cultura”, de “vida espiritual”, no parece sino que se trata de otra vida distinta e incomunicante con la pobre y desdeñada vida “espontánea”...”

“Se creía que se creía en la cultura; pero, en rigor, se trataba de una gigantesca ficción colectiva y de la que el individuo no se daba cuenta porque era fraguada en las bases mismas de su conciencia. Por un lado iban los principios, las frases y los gestos —a veces heroicos—; por el otro, la realidad de la existencia, la vida de cada

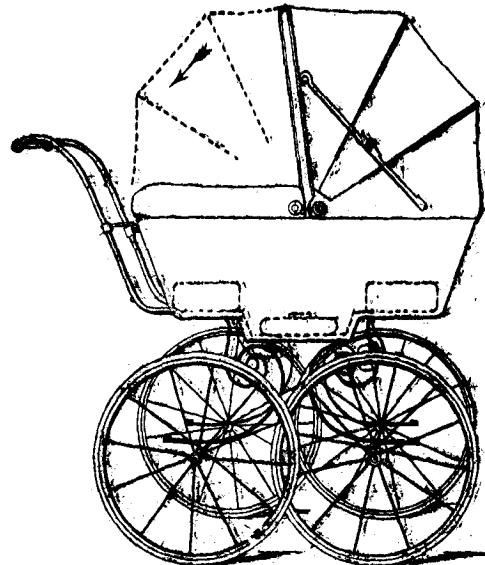
día y cada hora. El *cant* inglés, esa escandalosa dualidad entre lo que se cree hacer y lo que se hace en efecto, no es, como se ha sostenido, específicamente inglés, sino general a toda Europa. El oriental, habituado a no separar la cultura, de la vida, por haber exigido siempre a aquélla que sea vital, ve en la conducta de Occidente una radical, omnívora hipocresía y no puede reprimir al contacto con lo europeo un sentimiento de desprecio.”

“El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo. Dentro de pocos años parecerá absurdo que se haya exigido a la vida ponerse al servicio de la cultura. La misión del tiempo nuevo es precisamente convertir la relación y mostrar que son la cultura, la razón, el arte, la ética, quienes han de servir a la vida.”

“Tal es la ironía irrespetuosa de *Don Juan*, figura equívoca que nuestro tiempo va afinando, puliendo, hasta dotarla de un sentido preciso. *Don Juan* se revuelve contra la moral, porque la moral se había antes sublevado contra la vida. Sólo cuando exista una ética que cuente, como su norma primera, con la plenitud vital, podrá *Don Juan* someterse. Pero eso significa una nueva cultura: la cultura biológica. La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital.”

José Armagno Cosentino hizo un prólogo a *El guardaespalda*, del uruguayo Nelson Marra, libro que no podría traducirse a idioma extranjero alguno, debido a que contiene palabras no catalogadas en ningún diccionario del mundo. Veamos estas frases: “*¿Cuándo fue, carajo?*”, “*¿qué cosa jodida es esa?*”, “*La joda es que ahora estás solo*”. Advirtamos que todas estas expresiones de nuestro carácter, rigurosamente nos conducen a la interpretación del *homo hispanicus* que, como diría Bergler, tiene una cita con la oralidad.

Hemos visto que el recuerdo de la lactancia, mediante la defensa, puede ser horrible cuando se insulta: “*fulano es un mala leche*”, o “*un poca leche*”, o por el contrario la defensa puede ser benigna cuando se dice “*tiene buena leche*”. En su obra citada, Menéndez y Pelayo expresa:



“Fr. Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y de miel, confieso que es uno de mis autores predilectos; no es posible leerlo sin amarlo y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre.”

Shakespeare (1564-1616), en *Romeo y Julieta*, aseveró:

“La filosofía es la dulce leche de la adversidad.”

En *Así habló Zarathustra*, Nietzsche proyectó una imagen similar a la Shakespeare:

“De tus venenos has extraído tu bálsamo; has ordeñado a tu vaca, la tribulación; ahora bebes la dulce leche de sus ubres.”

Schiller (1759-1805), en *Guillermo Tell*, nos habla de “la leche del modo devoto de pensar.”

Nietzsche, en *Genealogía de la moral*, le confiere también al vocablo un significado de bondad:

“¡No! ¡Un momento todavía! Aún no nos ha dicho usted nada de la obra maestra de esos nigrumantes que con todo lo negro saben construir blancura, leche e inocencia.”

Bakunin (1814-1876), en *Dios y el Estado*, dijo:

“Y bien, la religión es una locura colectiva, tanto más poderosa cuanto que es una locura tradicional y que su origen se pierde en una antigüedad excesivamente lejana. Como locura colectiva, ha penetrado en todos los detalles, tanto públicos como privados, de la existencia social de un pueblo, se ha encarnado en la sociedad, se ha convertido, por decirlo así, en el alma y el pensamiento colectivos. Todo hombre es envuelto desde su nacimiento en ella, la mama con la leche de la madre...”

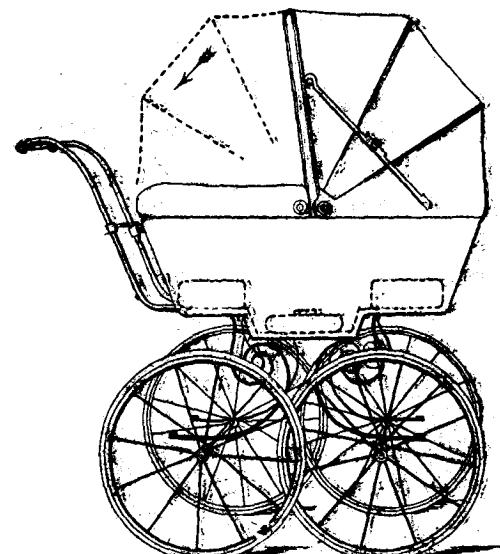
En una carta que Freud le envió a Hans Sachs el 11 de julio de 1938, y que el segundo consignó en su libro *Freud, maestro y amigo* (1944), leemos:

“Su proyecto para una nueva *imago*, en lengua inglesa y en América, no me agrado al principio. La razón fue que habíamos decidido no permitir que se extinguiera la luz completamente en Alemania; con este propósito en mente, planeamos llamar en nuestra ayuda a una editorial neutral o

inglesa que publicara un nuevo periódico como heredero de los dos desaparecidos, con ambos nombres en el título. No me pareció práctico crear otra *imago* hermana que cortara el agua, o para expresarlo más apropiadamente, bebiera nuestra leche.”

Hypokrites es palabra griega que significa **actor escénico**, o sea, alguien que pretende ser visto como lo que no es en la realidad y quien de hecho goza identificándose con otra personalidad, quizás porque el reconocimiento de la propia le es insopportable. El ser humano tiene varias razones para ser un hipócrita. A mi ver, su adaptación traumática a la relación oral con la madre es el factor esencial y reprimido contra el cual han surgido las defensas religiosas e intelectuales, en todos los tiempos, para apartarlo de su verdadero ser animal, o sea para alejarlo de su autenticidad vital. He aquí la raíz de la concatenación cultural que envuelve al hombre en las redes del mito, del dogma, de la razón absoluta y de otros absurdos.

Quien no comprenda que la conducta humana trascendental, las más veces es una defensa contra una adaptación inconsciente de pasividad, indefensión y muerte, es preferible que no intente asimilar las teorías de Edmundo Bergler, hombre que aunque nació en el siglo XX, escribió para generaciones de siglos futuros.



CARTA AL DIRECTOR

De El Palomar, Buenos Aires

De inmediato paso a contestar la consulta que sobre algunos vocablos lunfardos que le preocupan me hace en la suya. En estos días se ha publicado en Buenos Aires el *Diccionario Lunfardo*, de José Gobello, secretario perpetuo de nuestra Academia Porteña del Lunfardo y acaso técnica y metodológicamente el más enterado en estos asuntos del lenguaje. En la página 45, 1a. columna, registra textualmente:

“carajo. Pop. y gros. Nada (“...puras palabras difíciles y discursos que uno no entiende un carajo...”). Roger Plá, en “Intemperie”, 71). Es el esp. carajo: miembro viril, que suele usarse también como interjección grosera”.

También anda suelta la expresión “ir como el carajo”, es decir, andar mal o tener resultado opuesto a lo esperado en asuntos diversos. El verbo carajear no ha sido registrado por los autores lunfardos ni se encuentra en el diccionario de Gobello, pero es fácil deducir su sentido: expresión grose-

ra, agresiva y ofensiva, vg. “andá al carajo”. En la 112:

“joder. Pop. perjudicar, causar daño o perjuicio (“...sos como esa cifra tan respondiera/ pero que algún juego tendrá que joderme”. Púa, La crencha engrasada, 45).//Fastidiar, molestar (“—¡Qué ganas de joder a una pobre loca!— interviene un aguafiesta, mientras ella desaparece en la noche”, Kordon, La vuelta, 36).//Chancear, usar de bromas (“Si no los hago reír no saben reírse. Si no jodo no se divierten. En cuanto decaigo yo, se mueren”, Orphée, “Uno”, 96.) Del arcaísmo esp. hoder: practicar el coito. Joda: inconveniente, broma, chanza. La joda: todo lo relativo a la homosexualidad masculina. Jodido: dañino, perverso; fastidioso, molesto; enfermo, quebrantado de salud; arduo, difícil. Jodón: amigo de usar las bromas”.

No sé si estas transcripciones sirven a sus intereses investigativos; de cualquier manera, si me lo reclama, puedo aclararle cualquiera u otro punto de la cuestión. Con mucho gusto lo haré.

Luis Ricardo Furlan

¿ES BLANCO DE PAZ EL CABALLERO DEL BOSQUE?



Ubaldo di Benedetto

(Intento de Identificación)
por
Ubaldo Di Benedetto

Hace casi un siglo, Benjumea escribió: "Si el Hidalgo de la Mancha no se hubiese armado más que para atacar vicios pasajeros de la complejión literaria y aun social de su época, el libro del *Quijote* se pudriría en los estantes de las bibliotecas, sin salvarlo todo el donaire de su autor." Ante esta axiomática afirmación, aun José Asensio (*Cervantes y su obra*, Madrid, 1902, p. 102), encarnizado crítico de Benjumea, tuvo que conceder: "Tiene Ud. razón que le sobra, Sr. Benjumea; en eso estamos conformes", y también lo están cuantos literatos se han ocupado directa o incidentalmente de ese libro prodigioso. Merced al donaire e ingenio cervantinos, la inmortal novela, con sus dos mil ediciones, es la obra literaria de más alta trascendencia universal y el libro más manoseado en las bibliotecas y los hogares del mundo.

Se pudren, por otra parte (por irónico que resulte), los libros de los exegetas, esoteristas cervantinos, quienes al buscar por cuáles razones se armó Don *Quijote* y alcanzó fama mundial, traspasaron lo que Américo Castro llamaría "los límites del canon crítico admitido" (*El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925, p. 9). En épocas en que la filología y la lingüística definían estos límites de la crítica literaria en España, era natural que el campo de la interpretación de las obras literarias se vigilara con el interés de una "guardia celosa" (Ibid.). Cuando la crisis política en España produjo a fines del Siglo XIX una generación de inquisidores pesimistas que pedían "un feroz análisis de todo" (Pedro Salinas, *Literatura española*, Siglo XX, México, 1949, p. 26). La cita se debe, en realidad, a Azorín), era natural también que la crítica idealista rechazara el negativismo de "lo equívoco" del *Quijote* y las ideas de un sentido anagógico perjudicial a valores estéticos.

De hecho, mientras que Clemencín, Cortejón, Rodríguez Marín y Bonilla desmenuzan con paciencia infinita cada voz, cada verbo, cada partícula de la oración cervantina, exprimiendo con ello cada gota del jugo artístico de Cervantes, no sabemos si tan renombrado prosista hubiera sido capaz de trascender esos vicios pasajeros de la complejión literaria. Aun ahora hay quien, afirmando la autonomía del arte, reexamina las oraciones, los diálogos, la estructura, y "continúa destilando por

la fina alquitara filosófica la quintaesencia de la significación del *Quijote*: La invectiva contra los libros de caballería", mientras que con habitual intransigencia niega el análisis de lo que se ha quedado en esa alquitara. (Rodríguez Marín, *El Quijote*, edición de 1916-1917, 6 tomos, I, 26.) "Aquí no pasa nada —reflexiona Américo Castro—, pues la tendencia de la crítica ha sido, en efecto, suprimir la busca de problemas en en Cervantes". (Ibid., p. 10-11.)

Sin embargo, pese a que, según Ortega y Gasset "... para la estética es esencial ver la obra de Cervantes como una polémica contra las caballerías; si no, ¿cómo entender la ampliación incalculable que con ello experimenta el arte literario?" (*Meditaciones del Quijote*, Madrid, Ed. Austral, 1964, p. 125.) "El arte —nos recuerda Nietzsche— hay que admirarlo por la óptica de la vida", cuyas lentes, añadimos, no se construyen exclusivamente en los estudios de filólogos, lingüistas o académicos de la historia.

La historia, por otra parte, nos enseña que a cada época del desarrollo de la civilización europea le corresponde un relativo desarrollo de la cultura. De esta suerte, cuando dominaba el lema de "el arte por el arte" y el hombre necesitaba algo que compensara (en términos de la psicología de Jung) los valores espirituales e ideales que iba perdiendo a causa de guerras mundiales y civiles, la crítica idealista vino a ofrecerle valores estéticos mediante valiosísimos estudios, aun tratándose a veces de "convertir en belleza sus verdaderas faltas", como dijo Manuel de la Revilla con referencia al *Quijote* (*Obras*, Madrid, 1883, p. 371.).

Pero cuando el joven de la flower generation (Por flower generation suele indicarse en los E.U.A a la generación de los "hippies", y por extensión a la mayoría de los jóvenes) no acepta ni ese lema romántico, ni cree que el arte vive en un mundo aparte, y obra al margen de la sociedad, de la política y de los demás aspectos del vivir humano, los estudios lingüísticos y filológicos y las interpretaciones literales de obras literarias le parecen inconsecuentes. El interés que esta nueva generación —llamada también counterculture, por Theodore Roszak— siente por la ciencia política, la psicología y la sociología, exige que la crítica examine a la literatura para

ver si en ésta se han planteado, en cualquier forma que sea, los mismos problemas políticos, psicológicos y sociales que han afligido al hombre desde el comienzo de la literatura universal y se resolvieron en sus épocas. Ahora que los estantes de las bibliotecas están repletos de un impresionantísimo y aun abrumador conjunto de estudios de crítica idealista, aptos para proveernos con suficientes valores estéticos, las exigencias de esta nueva cultura demandan nuevas orientaciones en el campo de la investigación y de la enseñanza de la literatura. Tras el atrevido pero acertado estudio de Fredo Arias de la Canal (*Intento de psicoanálisis de Cervantes*, México, 1970), por ejemplo, que examina a Cervantes desde el punto de vista de la psicología berglerista, podemos preguntarnos: ¿hasta qué punto es el quijotismo una forma de masoquismo?

Por cierto, muchas otras preguntas podrían ser contestadas si la crítica dejara los análisis gramaticales y estilísticos —la forma más socorrida de estudiar al *Quijote*— y considerara, siguiendo las normas de Américo Castro, el pensamiento de Cervantes, el alma del *Quijote*. Decía Martín Fernández de Navarrete que “ni el gramático minucioso, ni el filósofo metafísico son aptos para calificar la obra de ingenio por la parte esencial que la constituye, que es la invención”. (*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1819, p. 225.) Y harta razón tiene el afamado biógrafo. A los millones de lectores semidociles que anhelan clarificaciones, poco les interesa la estructura, la forma o la gramática del *Quijote*. Si esta obra goza de popularidad comparable sólo a la de la Biblia, será por su contenido de “invención”, madre de lo esotérico, de lo equívoco, de lo fascinante, de todo cuanto obliga al lector a leer de nuevo —releer—, lo que lo lleva a pensar, a conjeturar.

Ahora bien, si convenimos en que la finalidad del arte no es crear sino disponer estéticamente las cosas creadas, es posible ver cómo Cervantes se sirvió de la realidad para dar vida a un episodio que hasta ahora los partidarios de la interpretación literal han considerado completamente ficticio y falso de toda clase de intenciones.

Después de cuatro años de “exquisitas diligencias”, Juan Agustín Cean Bermúdez descubrió los

“más apreciables” documentos cervantinos. (Navarrete, *Vida*, p. 311.) Nos referimos a la **Información de Argel**, conjunto de preguntas y respuestas que nos facilitan fundamentales e imprescindibles datos biográficos sobre la vida de Cervantes y que evidencian magníficos aspectos de existencialismo hispánico y cervantino. Al mismo tiempo que los varios testimonios de la **Información de Argel** dan fe de esa “vida ejemplar y heroica” del Manco de Lepanto, confirman también el hecho de que durante el período más infausto de su vida nuestro escritor no tuvo peor enemigo que el llamado Blanco de Paz, ese fraile dominico “por el cual el dicho Miguel de Cervantes quedó en muy gran peligro de la vida”. (Pregunta 15.) Y tenemos hertas razones para creerlo: Blanco de Paz fue el renegado que al delatar ante el Rey Azán los planes de la fuga en fragata, de unos cautivos españoles, y que había maquinado Cervantes, no sólo causó a éste la condena de “cinco meses con cadenas y grillos” sino consiguió perjudicarlo aún después. (Pregunta 17.) Tal vez nunca sabremos por qué Blanco de Paz guardó gran “odio y enemistad especial contra el dicho Miguel de Cervantes”. (Pregunta 23.) Rodríguez Marín sugirió “envidia” en la conferencia. “El Doctor Blanco de Paz” que leyó ante la Asociación de Prensa de Madrid el día 10. de abril de 1916 (Publicóse ese año en Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*) y es posible también que se trate de un típico caso de **personality clash**. Sin embargo, por ser esta “enemistad” un hecho tan documentado, es concebible que Cervantes nunca olvidara ni la encendida animadversión del fraile, ni el que éste lo hubiera frustrado en sus esperanzas de una temprana salida de Argel sin el rescate que al fin pagó y que tanto empeoró las ya de por sí difíciles condiciones económicas de su familia.

Ahora bien, que Cervantes acomoda a la literatura la realidad de los hechos históricos y que muchos de sus protagonistas son personas de carne y hueso, lo han demostrado Navarrete, Rodríguez Marín, Agustín de Amezúa y Astrana Marín. Larga sería la lista de episodios y personajes históricos que aparecen en las obras de Cervantes. Basta mencionar la historia del cautivo, el episodio del cuerpo muerto, la historia de Cardenio y Dorotea, la de Rinconete y Cortadillo, y



sobre todo las figuras de Tirsi, Damón, Meliso, Lauso, Larsileo, Don Antonio de Isunza, Don Juan de Gamboa, el Doctor Rodrigo de la Fuente (cuyo retrato al óleo puede contemplarse en la Biblioteca Nacional de Madrid), Agi Morato, Zoraida, Hamida, Muley Hamed, El Uchali, Arnaute Mami, Portocarrero, Ricote, y muchos más, para justificar la información de Audrey Bell de que "Cervantes introdujo al pueblo en la literatura". (Consultense: Rodríguez Marín, prólogo a su edición de la *Ilustre fregona*, Madrid, 1917, p. XXXVII; Astrana Marín, *Vida ejemplar de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1951-1959: VI, apéndice XI, p. 695; Vol. III, p. 185, y Vol. V, p. 214; Navarrete, *Vida etc. cit.*, p. 91, 129, 130; Agustín de Amezúa, *Cervantes, creador de la novela corta española*, Madrid, 1956, tomo I, p. 388; Audrey Bell, *El Renacimiento español*, p. 297.)

El autobiografismo es un hecho también innegable por ser el elemento "formativo" de la novela cervantina. "Todo escritor —explica Agustín Amezúa—, por muy objetivo y realista que sea, no puede librarse de sí mismo al componer una obra cualquiera, porque la memoria y los recuerdos propios acompañan incansables y fieles a la imaginación y la fantasía durante todo el proceso de la creación literaria". (*Cervantes creador...* cit., p. 341.)

Considerando este innegable autobiografismo y "vivir humano" de consentimiento general, ¿cómo es posible que Cervantes olvidase un episodio tan importante de su vida como el de la felonía de Blanco de Paz? Si —Según Amezúa— la obra de Cervantes "está sembrada de alusiones y referencias a su propia vida" (*Ibid.*), ¿sería posible que nuestro escritor no aludiera aun mínimamente a ese renegado fraile dominico que "le había quitado la libertad" y lo había puesto "en muy gran peligro de la vida"? ¿Cómo fuera posible que un novelista de tan reconocidísimo ingenio y extrema sensibilidad no sintiera ese prurito de vengarse —aunque fuera sólo con la pluma— de los agravios y penas que le ocasionaron "el odio y enemistad" de Blanco de Paz? (*Información de Argel*, pregunta 23.) Si muchos de los personajes de las obras cervantinas son "modelos vivos", ¿cómo es posible que no compareciera tan notoria figura como la de Blanco de Paz en uno de los inimita-

bles e ingeniosos disfraces literarios de que se servía Cervantes?

La historia de la crítica cervantina revela que son pocos los críticos que durante los primeros dos siglos han renegado de la interpretación epidémica del *Quijote* a favor de otras. Sin embargo, al tratarse de olvidar la popularidad de la novela como obra de tesis literaria, proliferaron, a mediados del Siglo XIX, las así llamadas "interpretaciones esotéricas", tal vez por directo influjo de las interpretaciones trascendentales y simbólicas de Richter, Herder, Shelling y La Motte-Fouque.

Una vez abierta la brecha en la muralla de la escuela idealista o de la *Aufklärung*, no es de extrañar que alguien viera en *El Quijote* una sátira contra el dicho Blanco de Paz. Nicolás Díaz de Benjumea, por ejemplo, no sólo vió a Blanco de Paz en el disfraz del encantador invisible que perseguía a Don Quijote, sino que tanto el Licenciado Pasilla (*Coloquio de los perros*), como el Licenciado Vidriera y el Licenciado Sansón Carrasco, eran "reencarnaciones" de este mismo enemigo de Cervantes. (Agustín de Amezúa, *Cervantes creador...*, cit., p. 631.) Aunque Benjumea no difería mucho en lo fundamental de las otras interpretaciones trascendentales y simbólicas, su sistema de identificación de personajes cervantinos se basaba, a diferencia del de aquéllas, en descifrar anagramas como estaba muy en boga durante todo el Renacimiento. Es decir, su método consistía en descomponer los nombres propios de personajes cervantinos para reconstruir con las mismas letras otros nombres. Por ejemplo, Benjumea sacó de las letras que componen el nombre de López de Alcobendas (Alonso López, de Alcobendas) es lo de Blanco de Paz. Asimismo, con las letras de Barcelona compuso la frase Blanco era. Aquí me veo obligado a informar al lector que con las letras que componen el nombre Cide Hamete Benengeli, yo pude formar el nombre **Migel de Cebantes** (Cervantes solía firmar con "B"). (Ubaldo di Benedetto *Los tres rostros de don Quijote*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 245, mayo de 1970, p. 283.) Inconsciente y casual que parezca para algunos, no puede menos que considerarse al anagrama como muy intencional, especialmente en vista de la técnica y la estructura de las novelas de los siglos XVI y XVII,

y la parodia del estilo de los libros de caballería: recuérdense el *Cirongilio de Grecia*, el *Belianis de Grecia* y *Las Sargas de Esplandián*.

La reacción de la crítica a las tesis de Benjumea fue —como era de esperar— cruel y aun hostil. "Si no temiéramos ofender al Sr. Benjumea —escribió Manuel de la Revilla— le diríamos que semejante modo de interpretar tiene más de lo cabalístico que de crítico, y que es harto infantil para que pueda tomarse en serio". (Obra cit., p. 425.)

Y como puede colegirse de lo anteriormente citado, que sintetiza el dictamen general de la crítica, fueron rechazados con semejantes declaraciones otras tesis de Benjumea y cualquier otro intento de identificar a Blanco de Paz con este o aquel personaje cervantino. "Los anotadores y comentadores de la famosa novela de Cervantes explican lo que entendieron o creyeron entender; pero justo es decir que los más de ellos entendieron mal muchas cosas, unas veces por no haber leído ni restituído bien el texto... y otras por no tener toda la lectura necesaria". (Rodríguez Marín: *Cervantes, El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición Espasa Calpe, Madrid, 1967, Vol. I, p. XIII.)

Lo que arriba dice Rodríguez Marín de los comentadores de Cervantes, puede decirse de los a su vez comentadores de los comentadores; pues, al no informarse bien o sin tener toda la lectura necesaria, muchos descargaron sus cañonazos de indignación contra Benjumea, a veces sin la menor provocación ni motivo. Por ejemplo, José Asensio acusó a Benjumea de fantasear mucho cuando éste señaló la posible intervención de la Inquisición en las desventuras de Cervantes ocasionadas por las relaciones que envió Blanco de Paz —supuesto confidente y delator inquisitorial— a dicho Santo Oficio; porque según Asensio, "... ninguno dijo que (a Blanco de Paz) lo hubiese visto rescatado, ni si volvió a España o murió en aquella apartada región". (Cervantes... cit., p. 103-104.) Ahora bien, aunque es posible que Blanco de Paz enviara sus relaciones a la Inquisición por el mismo medio con que Cervantes, por ejemplo, su famosa Epístola a Mateo Vázquez, leemos además en el *Libro de las Redempciones de los Cautivos por la Orden de la Santísima Trinidad*,



121B, folio 82 del Archivo Histórico Nacional: "...los dichos padres redentores lo rescataron al doctor Blanco de Paz" el 19 de enero de 1592 y "al día siguiente, 20 de Enero, salió para España".

Que la crítica considerase la interpretación de los anagramas de Benjumea, como un procedimiento infantil, inadecuado y ajeno a la tradición y al rigor de la investigación literaria, no es difícil de comprender. Sin embargo, tampoco tienen los críticos demasiadas razones para arrinconar el asunto de Blanco de Paz, en vista de lo que implican las declaraciones autógrafas de Cervantes, los testimonios contenidos en la *Información de Argel* y ese autobiografismo. "Si Cervantes no hubiera estado cautivo en Argel —escribe Azorín—, no hubiera escrito el *Quijote*, o el *Quijote* sería de otra manera". (Con *Cervantes*, Madrid, 1947, p. 78.)

Puesto que consideramos como un hecho de extrema trascendencia el antagonismo entre Blanco de Paz y Cervantes, queremos volver al asunto en lo que respecta al intento de identificar a Blanco de Paz por medio de una serie de *contextual disclosures* (revelaciones del contexto). Antes que nada, es preciso observar que la eufonía, el ajuste y la gracia de los nombres propios de los personajes cervantinos, revelan que su creación no fue cosa caprichosa, sino producto de un verdadero esfuerzo intelectual. Clemencín notó que "Cervantes fue feliz en la formación de nombres..." (Cervantes, *El ingenioso...*, cit., Vol. II, p. 78.) Y advierte Rodríguez Marín que "tales nombrecitos no dejaban de tener su sal y pimienta". Además, este mismo crítico escribe al comentar el capítulo 18 de la Primera Parte del *Quijote*: "Comienza aquí la enumeración de una cátula de personajes no tan fantásticos como muchos piensan; pues, a lo que sin pecar de visionario puede colegirse, envuelven alusiones a otros sujetos de carne y hueso a quienes Cervantes conoció, o de quienes tuvo noticia". (Ibid.)

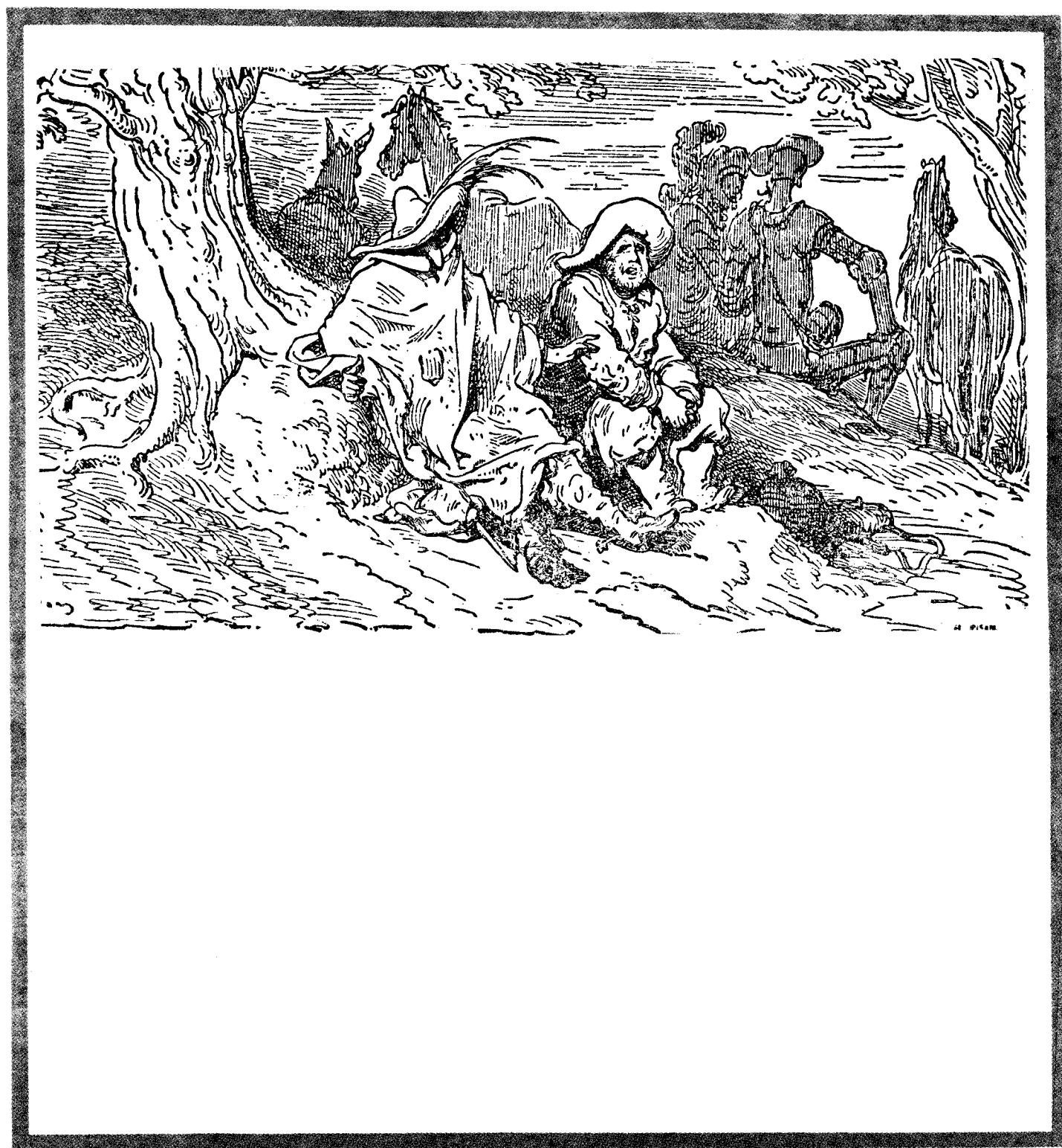
La posibilidad de identificar a estos personajes justificó los trabajos de muchos investigadores —entre ellos Fernández-Guerra—, trabajos que la crítica "sería y reposada" no dió por buenos (Ibid) sin mencionar para ello suficientes pruebas de que Cervantes no solía ocultar en anagramas los

nombres reales, ni que estos nombres propios carecían de sentidos metafórico o antonomástico. Pese a la crítica adversa, el fascinante aspecto de lo “oculto” en estos nombrecitos ha inducido a muchos lectores a continuar el estudio del *Quijote* y la vida de su creador, con el empeño de buscar soluciones, aunque “vano y temerario” fue su intento. Pero, “siendo buscada la piedra filosofal, apareció la química”, observó Manuel de la Revilla al comentar sobre la publicación de interpretaciones esotéricas. (*Obras*, cit., p. 395.)

Ahora bien, por vano que haya sido el propósito, debo confesar que empecé hace unos meses el estudio de Blanco de Paz con la posibilidad de relacionarlo con el Caballero del Bosque, a mi ver el único caballero cervantino de quien no sabemos gran cosa. (Véanse el maravilloso estudio de Alberto Sánchez sobre el Caballero del Verde Gabán, y —¿por qué no?— el muy modesto mío sobre el Caballero de la Triste Figura y el Caballero de la Blanca Luna. Vernan Chamberlin, Jack Weiner y Erbert Kenyon han intentado identificar al Caballero del Verde Gabán, basándose en el simbolismo del color verde. Pero el más acertado estudio es el de Alberto Sánchez, que se titula *El Caballero del Verde Gabán*, publicado en *Anales Cervantinos*, Bo. 9, 1961-1962, p. 165-201. Sobre la posible identificación del Caballero de la Triste Figura y el de la Blanca Luna, consultese mi artículo anteriormente citado.) Al faltar una verdadera bibliografía sobre el tal fraile dominico, la *Información de Argel* tenía que ser estudiada detenidamente por ser la única fuente directa y el documento de más trascendencia en el caso. Entre los testimonios de los varios cautivos españoles, llamó mucho la atención la deposición hecha por Fernando de la Vega, natural de Toledo y —según Navarrete— muy buen amigo de Cervantes desde 1578. Tal declaración menciona nada menos que el curioso apodo con que según eso era designado Blanco de Paz en los baños argelinos y en las plazas berberiscas. Contestando a las preguntas XIII y XIV Fernando de la Vega declaró que, mientras visitaba un día el baño del rey:

“...vivo que en el dicho baño reñían unos frailes que estaban allí, con Juan Blanco, e le llamaron al susodicho, leño (sic), diciendo que él había hecho perder la libertad a tanto número de cristianos principales”. *Información de Argel, Respuestas XIII y XIV*.

Aunque existe una estrecha relación entre *leño* (epíteto con que se señalaba, pues, a Blanco de Paz) y *bosque*, sería débil cualquier tesis que propusiera identificar a Juan Blanco de Paz con el Caballero del Bosque sólo en virtud de esta relación. Por otra parte, de querer Cervantes tocar el tema de su trato con Blanco de Paz, su sapiencia y experiencia de escritor no se limitarían a una relación semántica, sino que lo habrían llevado a hacerlo según su incomparable ingenio. Es decir, la innegable aunque endeble relación entre los conceptos de *leño* y *bosque* y la hipotética conexión que intentamos establecer entre Juan Blanco de Paz y el Caballero del Bosque, sólo tendría cabida si fuera posible reforzar la imaginativa dependencia semántica entre aquellos dos vocablos, con algunas adicionales revelaciones del contexto. En esto, tenemos el primer indicio cuando consideramos la análoga profesión del Caballero del Bosque y de Blanco de Paz. Este, según los testimonios contenidos en la *Información de Argel* y, más aún, según confirma rotundamente Astrana Marín, había sido “fraile profeso de la orden de Santo Domingo”. Pero añade, el afamado biógrafo cervantino, usando las mismas palabras de Rodríguez Marín, que “no se sabe dónde ni cuándo hiciera sus estudios hasta graduarse de doctor en Tología, ni cuándo ni dónde recibiera a las sagradas órdenes del presbiterado”, y que —por increíble que parezca—, habiendo el mismo Blanco de Paz solicitado del San Oficio el cargo de comisario titular de la Inquisición, “...en 31 de Enero de 1576 le fue expedido el título de comisario”. (Astrana Marín, *Vida...*, cit., Vol III, p. 63.) Cervantes, hablando del sagrado ministerio del fraile declaró, que éste “...durante el tiempo que ha sido cautivo en Argel... ha sido hombre revoltoso, enemistado con todos, que nunca dijo misa en todo este tiempo, ni le han visto rezar horas canónicas, ni confesar”. (*Información de Argel*, pregunta 25.)



Sabemos, por otra parte, que el Caballero del Bosque había recibido o pretendía haber profesado alguna orden aclesiástica, por lo que revelan las declaraciones hechas por Sancho y Tomé Cegall, criado éste del Caballero del Bosque, durante su acertadísimo y graciosísimo diálogo escuchado:

Yo —replicó Sancho— ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tal noble y tan liberal que me lo ha prometido muchas y diversas veces.

Yo —dijo el del Bosque— con un canonico quedará satisfecho de mis servicios, y ya me lo tiene mandado mi amo y ¡qué tal!

Debe de ser —dijo Sancho— su amo de vuesa merced, caballero a lo eclesiástico, y podrá hacer mercedes a sus buenos esuderos... (II-13)

De hecho, cuando Sansón Carrasco aparece por primera vez en el capítulo III de la segunda parte, nuestro bachiller declaró vestir el “hábito de San Pedro”, aunque se tratase de no tener “otras órdenes que las cuatro primeras”, es decir: ostiario, lector, exorcista y acólito. Aquí tenemos qué agregar de pasada que Diego Clemen-cín, inseguro del estado escolar o profesional del bachiller Carrasco, opinó que éste “estudiaba para clérigo, o por lo menos vestía el hábito de San Pedro”. (*Don Quijote*, edición crítica, 1913, Vol. V, p. 237.) Aunque eso de los estudios y profesión nos deje algo confusos, pues Sansón Carrasco “estudiaba para clérigo o por lo menos vestía el hábito de San Pedro”, Alonso López de Alcobendas se las daba de licenciado pero no era “sino bachiller” (I-19), y Blanco de Paz se las daba de doctor sin nadie saber dónde ni cuándo hiciera sus estudios doctorales; pero una cosa parece muy cierta: Sansón Carrasco y Blanco de Paz vivieron y quizás estudiaron por lo menos en la misma ciudad. Sacamos esta segunda revelación cuando Sansón Carrasco declaró ser “bachiller por Salamanca” (II-3), y desde que Astrana Marín informa que Blanco de Paz había vivido

y estudiado en Salamanca, siendo ésta la ciudad donde el fraile había profesado la Orden de Santo Domingo en el monasterio de San Esteban.

Aunque el propósito de este trabajo no es el de incluir una apología en defensa de Benjumea, sí cabe decir que debemos a éste el embrión de la tercera revelación del contexto.

Explicamos antes que Benjumea había derivado el anagrama es lo de Blanco de Paz, con las letras del nombre López de Alcobendas, personaje que en el episodio del cuerpo muerto figura como representante del clero inquisitorial. Aunque natural de Alcobendas, el bachiller Alonso López provenía de “la ciudad de Baeza” (I-19), donde es de presumir que desempeñaba sus cargos. Blanco de Paz, como ya sabemos, formaba también parte del clero inquisitorial desde que le fue expedido ese “título de comisario” del Santo Oficio, nombramiento que Astrana Marín confirma muy categóricamente y cargo que Blanco de Paz desempeñó aun en los baños del Rey Azán, por lo que revelan las declaraciones de la Información de Argel. El Doctor Antonio de Sosa, por ejemplo, declaró que “... el dicho Blanco de Paz, usando todavía del oficio de comisario del Santo Oficio, había tomado muchas informaciones contra muchas personas, y particularmente contra los que tenía por enemigos, como contra el dicho Miguel de Cervantes, con el cual tenía enemistad”. (Información de Argel, respuesta 22.)

Pero hay algo más: Astrana Marín nos dice que Blanco de Paz, al regresar de Argel, “solicitó y consiguió ración” en la Iglesia Colegial de la Anunciación de Nuestra Señora de “la ciudad de Baza”, lugar donde el mismo Cervantes había vivido durante uno de sus recorridos por Andalucía y sitio donde, por coincidir las fechas, es probable que Cervantes y Blanco de Paz se hubieran encontrado otra vez.

Pues bien, aunque Baeza y Baza son distintas poblaciones, es posible que Cervantes haya escogido la grafía de la primera, aunque refiriéndose a la segunda. Y no olvidemos la posibilidad de un deliberado error ortográfico o de otro de los muchos que escapaban al escritor alcalaino. Sin embargo, Baeza y Baza revelan un insoslayable

parecido de sonido que pudo haber causado confusión, especialmente cuando consideramos las vacilaciones de pronunciación en su zona del mediodía de España. Sea lo que fuere, Baeza y Baza quedan a menos de 100 km de Granada, al norte y noroeste, respectivamente. Lo parecido en el carácter e intenciones de Blanco de Paz y Sansón Carrasco merece nuestra consideración, pues en ello creemos encontrar otra revelación, la cuarta. Agreguemos aquí que Nicolás Díaz Benjumea en el capítulo XXV de *La Verdad sobre el Quijote* aludió a este parecido y, como era de esperar, dijo que "... las tres palabras bachiller Sansón Carrasco contienen cada una por orden riguroso dos letras que juntas forman el nombre Blanco". Primeramente no hay historiador o biógrafo cervantino que haya sido capaz de evitar su antipatía hacia Blanco de Paz, ni crítico literario que haya tratado a Sansón Carrasco con sincera simpatía. Esto se debe a que Blanco de Paz y Sansón Carrasco son verdaderos antagonistas de lo cervantino: el uno por ser el "reverso absoluto de la virtud de Cervantes", y el otro por oposición al idealismo e hidalgüía del héroe de la inmortal novela. Además, los dos proceden como lo hacen precisamente por no entender ni la misión ni el existencialismo vital e hispánico de quienes son émulos. En consecuencia, mientras Blanco de Paz debe valerse de la traición en su intento de minar la ejemplaridad de Cervantes, el sofístico Sansón Carrasco debe acudir al disfraz y al daño físico para hacer desaparecer el idealismo de Don Quijote. Las acciones de ambos dos por otra parte, tienen como nota común la falsedad, pues Blanco de Paz era un falso español, y Sansón Carrasco un falso Don Quijote.

Basta leer la *Información de Argel* para darse cuenta del odio que los presos españoles en los baños argelinos guardaban hacia Blanco de Paz. Aun el Doctor Antonio de Sosa, clérigo y muy amigo de todos, tuvo que admitir que "el dicho Blanco de Paz era muy odiado y malvisto de todos, y hubo cristianos que me dijeron que estaban para le dar puñaladas ... en efecto el dicho Blanco de Paz tenía por enemigos a todos". (Respuesta 15.)





"Figura negra y repulsiva —comenta Rodríguez Marín, hablando de Blanco de Paz—: junto a él parece simpática hasta la del cruelísimo Rey de Argel". (*El doctor Blanco de Paz*, cit., p. 8.)

Y Astrana acusa rara subjetividad cuando modifica el nombre Blanco de Paz con los epítetos de "infame", "envidioso", "siniestro" (adjetivo éste que emplea también Marcelino Menéndez y Pelayo) y "calumniador" (*Vida...*, cit., Vol. III, p. 39-96.) mientras que son frecuentísimos en las obras de otros críticos los insultantes calificativos de "odioso", "infame", y sobre todo "maligno".

Sansón Carrasco, a quien Rudolf Shevill considera "la más acertada creación literaria de la segunda parte del *Quijote* (Cervantes, New York, 1919, p. 247.) si Cervantes no tomara de la realidad ni dijera que la mejor novela es la que tira "... lo más que fuera posible a la verdad", (I-47), tampoco recibe la simpatía de los lectores y críticos, por su malicia y por aquel carácter "hinchado" y "chocarrero" de que habla Diego Clemencín. (*Don Quijote*, Vol. VIII, p. 167-187.) Este alevoso "bachiller por Salamanca", supuesto "amigo" de Don Quijote y quien en los disfraces de Caballero del Bosque, de los Espejos y de la Blanca Luna acaba por causarle a nuestro caballero manchego esaprésaga y catastrófica, "peligrosa caída", aunque no haya pasado por traidor, tampoco está muy lejos de serlo.

"Era el Bachiller —escribe Cervantes al introducir a este personaje—, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque gran socarrón... de nariz chata y la boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa" (II-3). Más tarde, por boca de Tomé Cecial llegamos a saber que aun éste consideraba a su amo "más bellaco que tonto y que valiente", opinión compartida por todos, añadimos. Mas vamos al capítulo XV de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno, en el lugar donde éste escribe:



“Sí, generoso Caballero, sí; fuiste y eres su enemigo, como lo es todo hidalgo heroico y generoso, de todo bachiller socarrón y rutinero; le diste ocasión de ojeriza, pues cobraste con tus hazañas fama que él nunca alcanzó con sus cuerdos estudios y bachillería salamanquesa, y era tu rival y te tenía envidia”.

¿No podrían estas palabras, lector, referirse también a Cervantes y su envidioso enemigo Blanco de Paz?

“Y el maligno Carrasco —continúa Unamuno— juró vengarse de Don Quijote, moliéndole a palos las costillas”. Pues bien; ¿no trató también Blanco de Paz de vengarse de Cervantes no sólo causándole esos “cinco meses con cadenas y grillos”? sino tomando “información contra él para hacerle perder el crédito y toda la pretensión que tenía de que S:M: le había de hacer merced...” (*Información de Argel. Respuestas 17 y 21.*) Los papeles que Blanco de Paz y Sansón Carrasco pretendieron hacer frente a Cervantes y Don Quijote, respectivamente, proporcionan la quinta revelación del contexto, por ser casi análogos.

“Cada ser tiene su trayectoria propia —comenta Américo Castro—, marcada por la naturaleza, y es locura apartarnos de ella o intentar que los demás la abandonen”. Y, continúa explicando el mismo crítico, dando ejemplo de esa locura a la que alude:

“Quien quiera forzar con hechizo la voluntad de amar, es tan necio como Sansón Carrasco al querer sacar de sus andanzas a Don Quijote, artificiosa y violentamente”. (*El pensamiento... etc., cit., p. 335-336.*)

Ahora bien, ¿no fue asimismo locura la de Blanco de Paz al oponerse a esa trayectoria de heroísmo y ejemplaridad que la naturaleza había marcado en la vida de Cervantes?, ¿no fue Blanco de Paz tan necio como Sansón Carrasco, queriendo sacar a Cervantes de sus andanzas y con toda la malicia y la violencia que revelan las declara-

ciones testificadas de la **Información de Argel**? Mas pasemos a las razones que motivaron a Blanco de Paz y Sansón Carrasco a meterse en los asuntos de sus impugnados. ¿No tienen aquellos dos, a la par, "la voluntad loca de malas pasiones, de rencor, de soberbia, de envidia" que suelen tener —según Unamuno— aún los que frecuentan las aulas universitarias salmantinas? Cuando Navarro Ledesma recuerda que Carrasco gozaba al ver al idealismo caído por el suelo, y al contemplar al idealista apaleado, ¿cómo podremos ignorar el mismo placer (o será sadismo?) que Blanco de Paz buscaba, de ver a un idealista y héroe, como Cervantes, en parecidas condiciones?

Si Blanco de Paz trató de destruir a Cervantes después de haber ganado éste fama y popularidad entre españoles y moros de la colonia argelina (leanse a propósito los relatos de Juan de Valcázar, Luis Pedroza, Fray Feliciano Enríquez y Hernando de la Vega, en la **Información de Argel**), ¿no es también verdad que Sansón Carrasco salió a rescatar a Don Quijote de sus andanzas, después —y no antes— de publicada la primera parte del **Quijote**, la que como afirmó el mismo Carrasco había alcanzado ya gran fama y popularidad con su edición de "doce mil libros"? (II-3).

En el mundo de la creación cervantina todo tiene su *raison d'être*; pues los verdaderos artistas obran más por acción de la razón y la imaginación —como decía Coleridge— que por capricho. Es decir, cada aventura, cada personaje, cada diálogo y cada descripción de la novela son como las partes componentes de un reloj en que todo funciona para un único fin, y lo superfluo no existe.

Siendo este el caso, resulta forzoso examinar la razón que motivó a Don Quijote a llamar al Caballero del Bosque (Sansón Carrasco), "Caballero de los Espejos": la sexta revelación. Aunque lógico que Don Quijote lo hiciera inspirado por el resplaciente atavío del Caballero, los antecedentes históricos a los que hemos aludido pueden sugerir otra razón. En el capítulo XIV de la segunda parte leemos esta descripción del Caballero de los Espejos:

"Sobre las armas traía una sobreveste o casaca, de tela al parecer de oro finísimo, sembrada por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que lo hacían en grandísima manera galano y vistoso".

Ahora bien, si intentamos representarnos al Caballero de los Espejos con las descripciones que nos da Cervantes, tendremos la imagen de un caballero oriental más que de uno occidental. Esto se debe principalmente a la sobreveste o túnica que mucho recuerda las que llevaban los jefes moros durante el siglo XVI. Compárese, por ejemplo esta "casaca" con la de Ali Pasha que reproduce Astrana Marín, o la del Salim II de los grabados de la época que reproduce Ramón Menéndez y Pidal, (*Historia de España*. Madrid, 1958, Vol. XIX, p. 104-112; Astrana Marín, *Vida...* etc., cit., Vol. II, p. 363) que por la abundancia de botones, hilos de metal y trocitos ornamentales, mucho debían de resplandecer al sol. Pero hay algo más que sugiere definitivamente al mundo árabe. Me refiero a esas "muchas lunas pequeñas" que tanto recuerdan el símbolo del Islam. (Véase la fotografía de la bandera turca tomada en Lepanto: Astrana Marín, *Vida...* etc., cit., Vol. II, p. 363.) Aunque son admisibles otras interpretaciones, dentro del contexto de este trabajo es muy factible ver cómo Cervantes se ha imaginado a Blanco de Paz en los atavíos del enemigo después de su infame acto de traición.

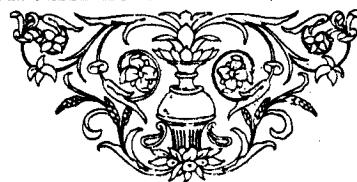
"No hay para qué tomar venganza de nadie —escribió Cervantes—, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios". (II-11). No opinaba así Sansón Carrasco, quien al verse vencido por Don Quijote promete continuar persiguiéndolo por "el deseo de la venganza" (II-15). Ni fue de buenos cristianos el deseo de Blanco de Paz de seguir ensañándose contra Cervantes, tomando —según escribió nuestro Manco de Lepanto— "...información contra él para hacerlo perder el crédito y toda la pretensión que tenía de que le había de hacer merced (el Rey de España) por lo que había hecho (Cervantes) e intentado hacer en este Argel". (**Información de Argel**. Pregunta 21.)

Tal vez nunca sabremos si Cervantes se sintió desagraviado de las penas y menguas sufridas por culpa de Blanco de Paz. Mas viviendo los dos en Baza —que contaba entonces con unos 600 vecinos— por el mismo tiempo, no sería de extrañar que hubieran tenido una confrontación *vis-à-vis*. Sea como fuere, lo cierto es que Cervantes logró vengarse según le dictaba su ingenio: a través del efecto catártico de la burla literaria. Si no, ¿cómo explicar que un cuerdo joven de veinticuatro años, carirredondo, muy sano y con mejores armas y cabalgadura (comentó Don Quijote al observarlo: "...caballero debía de ser de grandes fuerzas", II-14) haya sido derrotado por un loco anciano de cincuenta años, achacoso y flaco, aunque de "complexión recia", algo "estirado y avellanado", con armas y cabalgadura tan ridículas que se han hecho famosas?

Pasamos por fin a la última revelación de contexto. Advertimos antes que Cervantes no sólo "fue feliz en la formación de nombres", sino que al tener éstos "su sal y pimienta" no eran tan fantásticos como pensaban y piensan algunos, y sí envolvían alusiones a cosas y personas. Ahora

bien, ¿no es cosa muy curiosa que las voces *leño* (epíteto con que fue señalado Blanco de Paz), *bosque* (caballero del) y *Carrasco* (apellido del bachiller Sansón: —carrasco, en muchos lugares, quiere decir extensión cubierta de vegetación leñosa—) estén relacionadas entre sí por vía semántica? Y así, convirtiendo el más infausto episodio de su vida en el más gracioso del *Quijote*, para algunos será posible añadir el nombre de Blanco de Paz a la larga lista de personajes históricos que aparecen en las obras de Cervantes.

"Precisamente porque el *Quijote* es obra de ingenio —observó Marcelino Menéndez y Pelayo— y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones". (*Crítica Literaria*, V, serie, p. 209.) Sin embargo, habrá quien censure este trabajo, acusándonos de haber "fantaseado" mucho. Y quizás tenga razón. Por ahora, no haremos otra cosa que ampararnos en el *Quijote*, fuente inagotable de sabiduría, filosofía y consolación: "...y así, eso que a ti te parece bacia de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa". (I-25).



LAS PALABRAS

Allí están las palabras
y ellas son todas mías:
las que fulgen y saltan y rebrillan,
las que triscan y estrujan y commueven
cuando el poeta logra reunirlas.
Allí están los vocablos de la copla
diseñados en nubes sugestivas,
está el verbo de amor,
de rebeldía,
de templanza y justicia,
y la palabra mágica
de la sabiduría.
Están a discreción a mí rendidas
como un vaso colmado de abundancia,
como un mar, como toda
una inmensa ramada florecida
en medio de la selva, todas mías.
Sólo que yo no sé,
que nunca supe hilarlas y decirlas.
Aprehender las palabras que se vuelan
como águilas magníficas,
o extraer de la copa de una rosa
la palabra encendida,

o entender al lucero de la tarde
cuando me dice su palabra mística,
o descifrar el canto del jilguero
para plasmar su rima,
o leer en las grietas de los muros
la enigmática línea.
Allí están las palabras,
todas mías,
las que nombra en sus cuerdas la guitarra,
las que lloran un viento de ceniza,
las que imprimen las barcas en su estela,
las que traza en el aire la ventisca,
las que escribe el invierno sedicioso
con sus sílabas de hojas amarillas.
Pero sucede que yo nunca supe
domeñarlas y uncirlas
y construir ese canto trascendente,
esa eterna poesía
que venciendo el olvido y la distancia
se quedara cautiva
en el alma de todos los que sueñan,
a través de los cielos
y a través de la vida.

Alicia Aguilar

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Buenos Aires

Acabo de recibir "el testimonio de su cordial amistad" simbolizado en un LP, que demuestra a mi agraciada emoción la presencia que de mí tiene en mi ausencia.

Ningún argentino de los que alardean de tangolatría, tangófilos o tangólogos, ha realizado lo que usted con tanta competencia y tanta felicidad.

Se podrá no estar de acuerdo con la interpretación analítica de Freud y Bergler en que usted apoya su análisis, pero de cualquier modo este LP representa una antología de tangos "que nos harán gozar y sufrir a la vez", como dice usted.

Su feliz hallazgo, a través de la interpretación cabalística basada en uno de los tres métodos de la indagación del lenguaje por medio de la sustitución (en hebreo: T'murá), consistente en alterar el orden de las letras de una palabra, buscando el sentido oculto en el vocablo BANDONEON que tiene las mismas letras de NO ABANDONE, hacen de este LP un ensayo original y de inestimable valor al que habrá que recurrir para futuros trabajos.

Enrique Ricardo del Valle

De Santiago de Chile

Desde mi humilde buhardilla de viejo cultor de las letras, tomo emocionado mi insignificante péñola, para felicitarlo con efusivo abrazo fraternal por su brillante y positiva labor literaria en el amplio escenario del pensamiento universal y eterno.

Agradezco desde lo más recóndito de mi ser el noble envío de sus relevantes obras; como asimismo su prestigiosa revista Norte, que he degustado con interés y verdadera unción.

A decir verdad —ilustre y genial escritor—, su ejemplar acción depuradora, digna de todo aplauso y encomio, nos demuestra, en forma irrefutable, que por sobre el materialismo terrenal y nuestra débil condición humana está irradiando con vívidos resplandores la eterna aristocracia del espíritu.

Luis Espinoza Aliaga



De Banfield F.C.N.
Roca, Argentina

Con verdadero placer he recibido su interesante libro Intento de psicoanálisis de Juana Inés, en el que comprueba sus excepcionales dotes de ensayista. Su labor literaria en esta obra, revela a un estudiioso incansable, a un historiador sagaz y profundo, que ha sabido darnos una acertada imagen de la genial poetisa Juana de Asbaje, dentro de un plano de apreciación analítica como pocas veces lo han hecho otros autores al estudiar su compleja personalidad, que usted desmenuza penetrando en las más recónditas intimidades de su pensamiento poético. El análisis de este ensayo rinde tanto en el conocimiento literario de la obra de Juana Inés, como en su vida de religiosa, un poco vaporosa tras el misterio de muchas leyendas de fracasos íntimos, pesares y angustias perennes.

Usted, a través del ensayo que nos ocupa, hace crítica amplia sin minuciosidades enfadosas, con gran honradez artística y fina sensibilidad. Por ello su crítica es crítica "sentida" que absorbe todo nuestro interés al ir avanzando en su lectura que ilumina con luz propia la inmortal figura de esta poetisa mexicana, llamada la "Décima Musa" por su inspiración poética, sagrada y profana, que escribió en prosa y en verso, en castellano y en latín.

Julio G. de Alari

